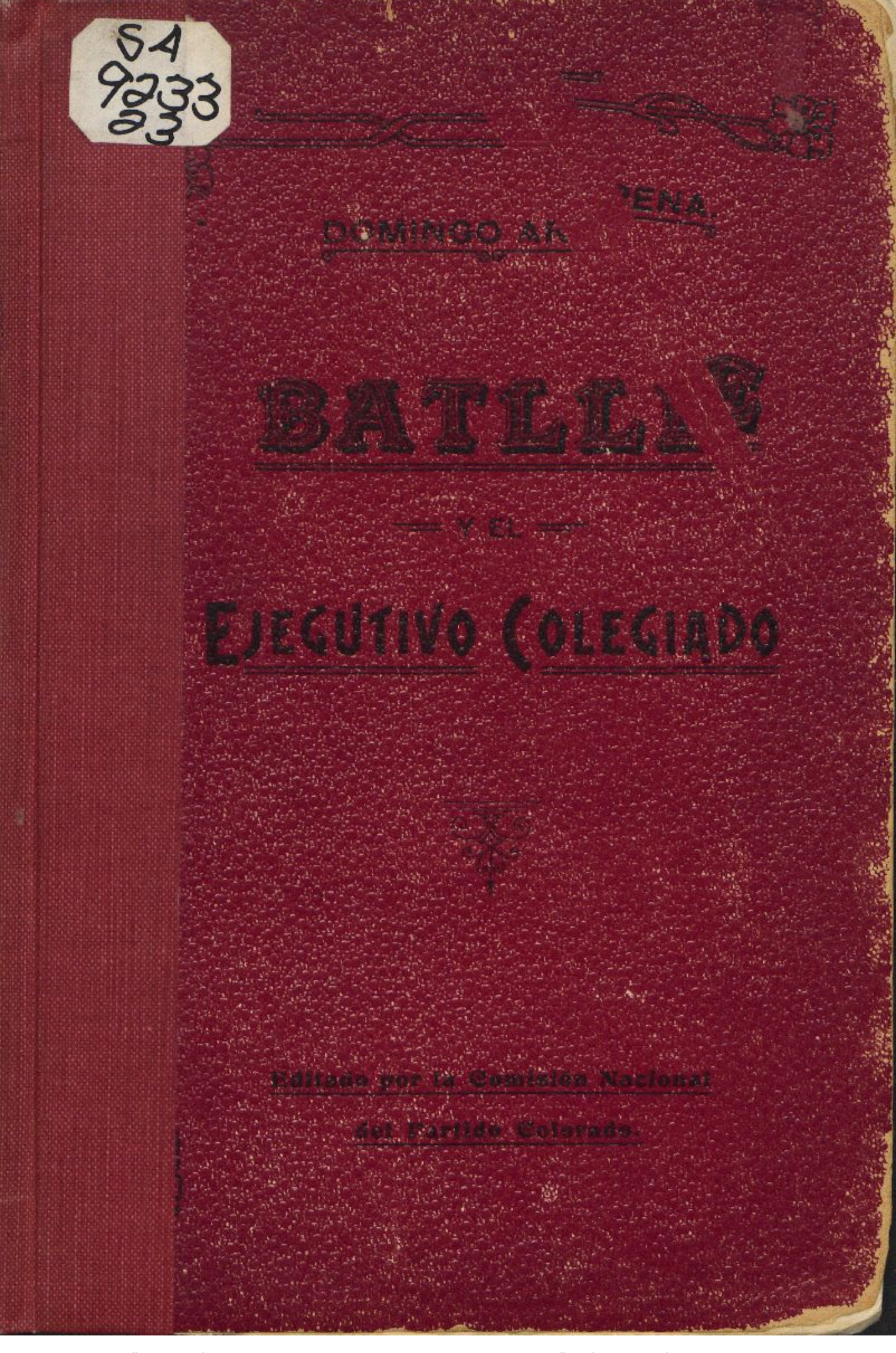
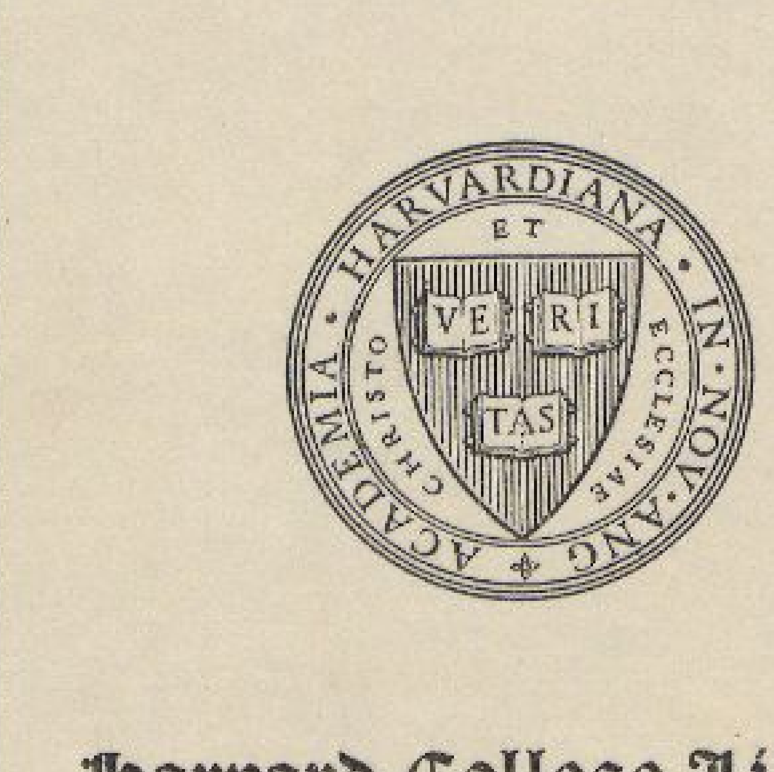
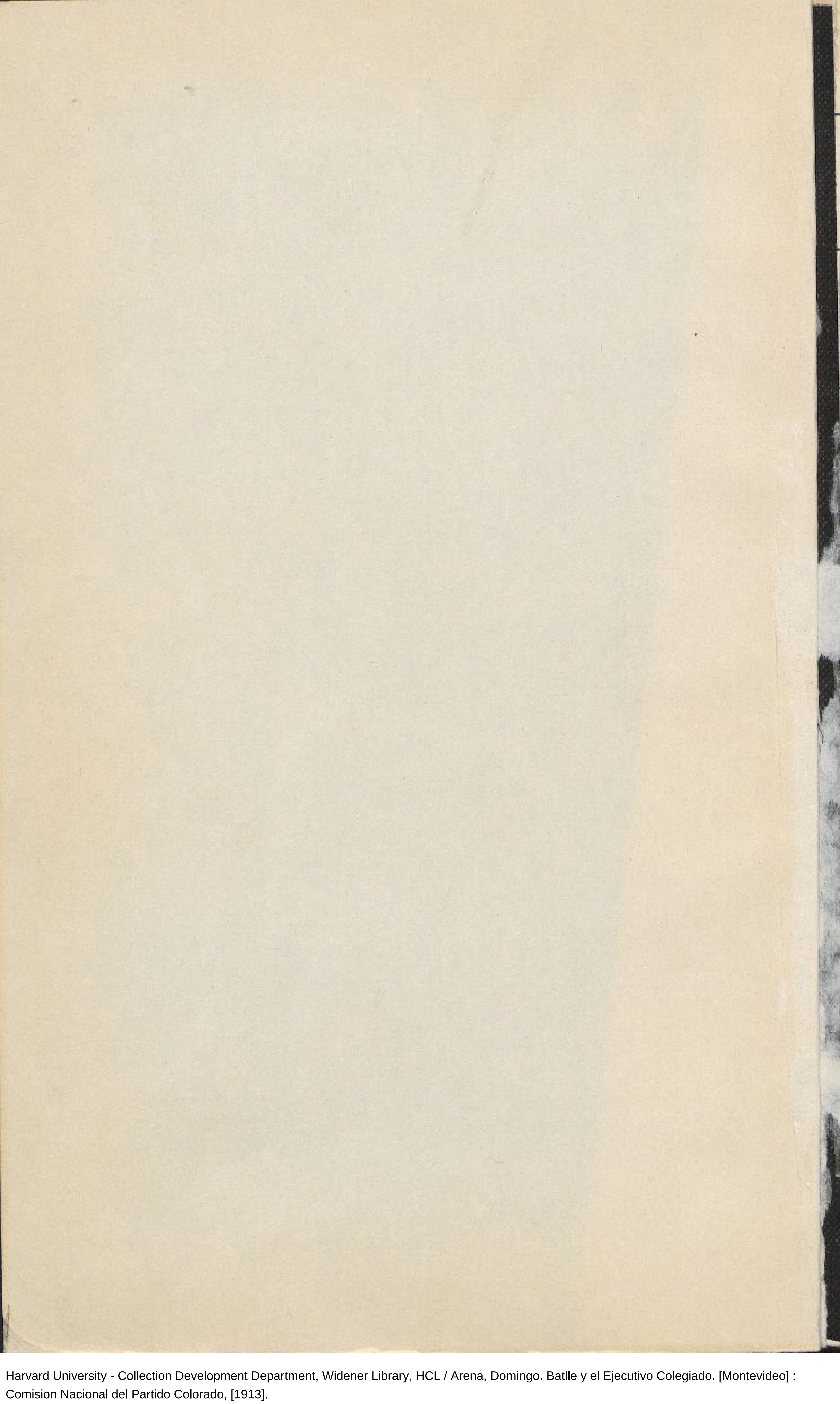
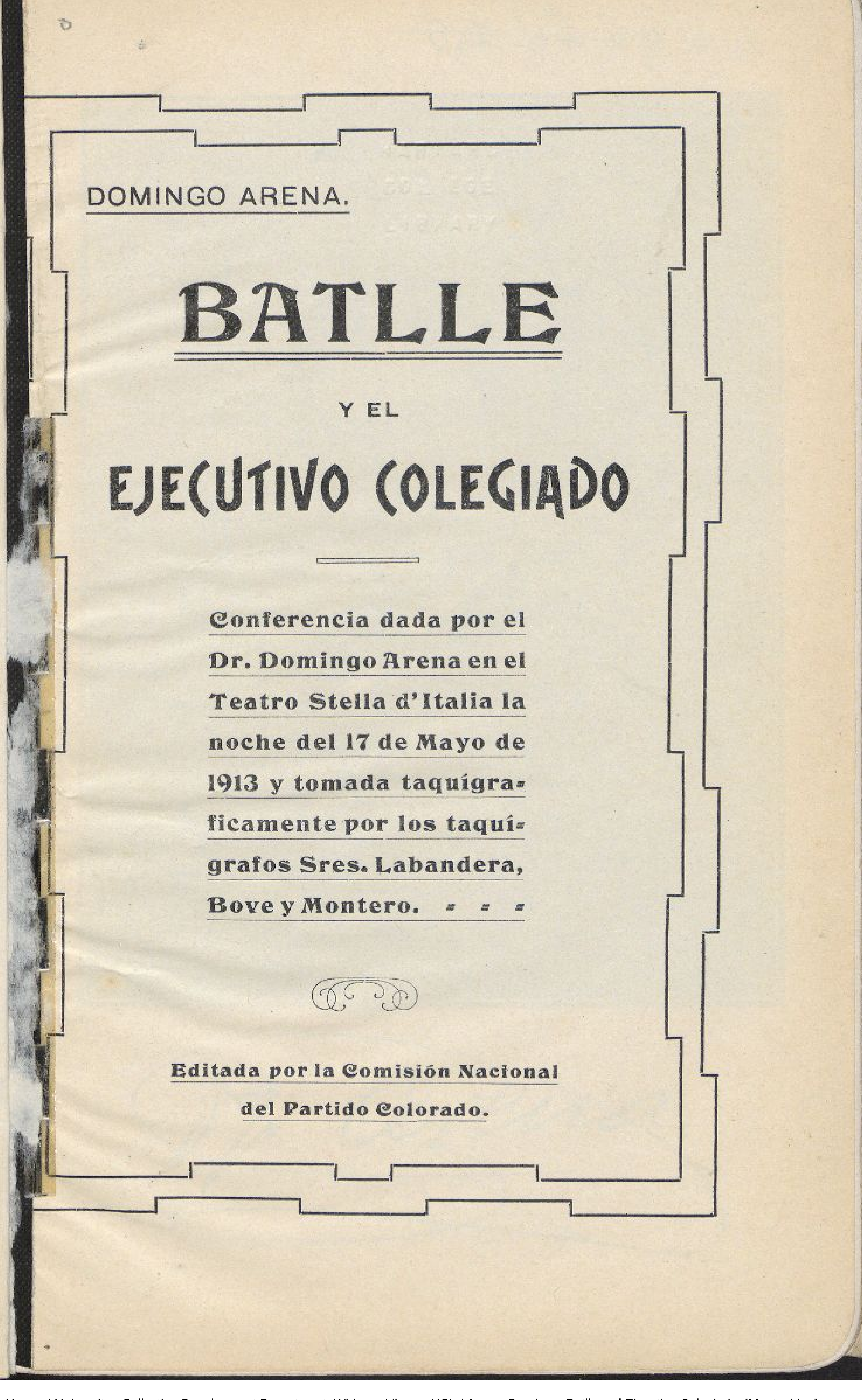


SA 9233 23
DOMINGO A
ENA.
BATLL
Y EL
EJECUTIVO COLEGIADO
Editado por la Comisión Nacional
del Partido Colorado.


HARVARDIANA
ET
VE RI
TAS
CHRISTO
ECCLESIAE
ACADEMIA
IN NOV ANG





DOMINGO ARENA.

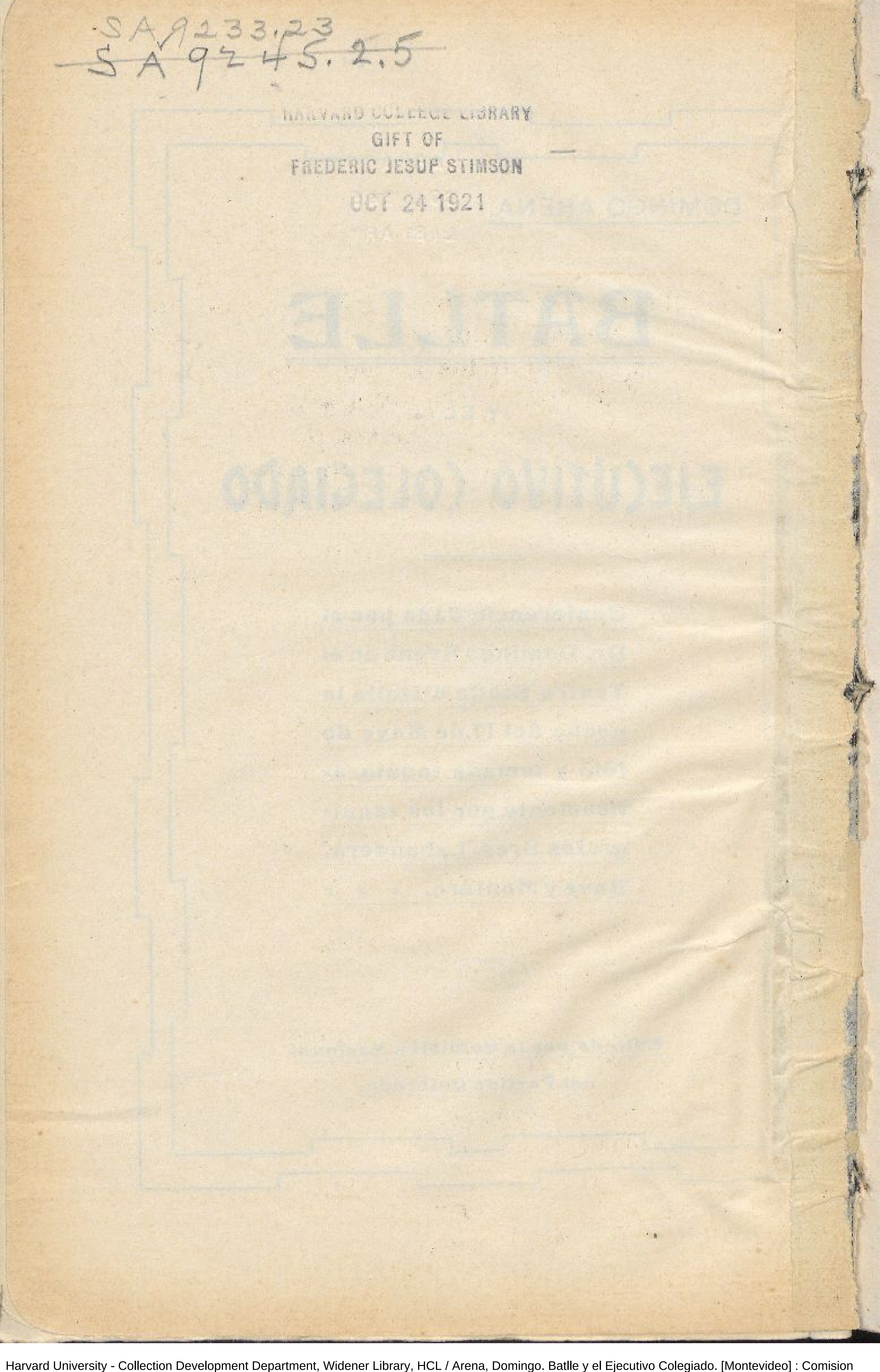
BATLLE

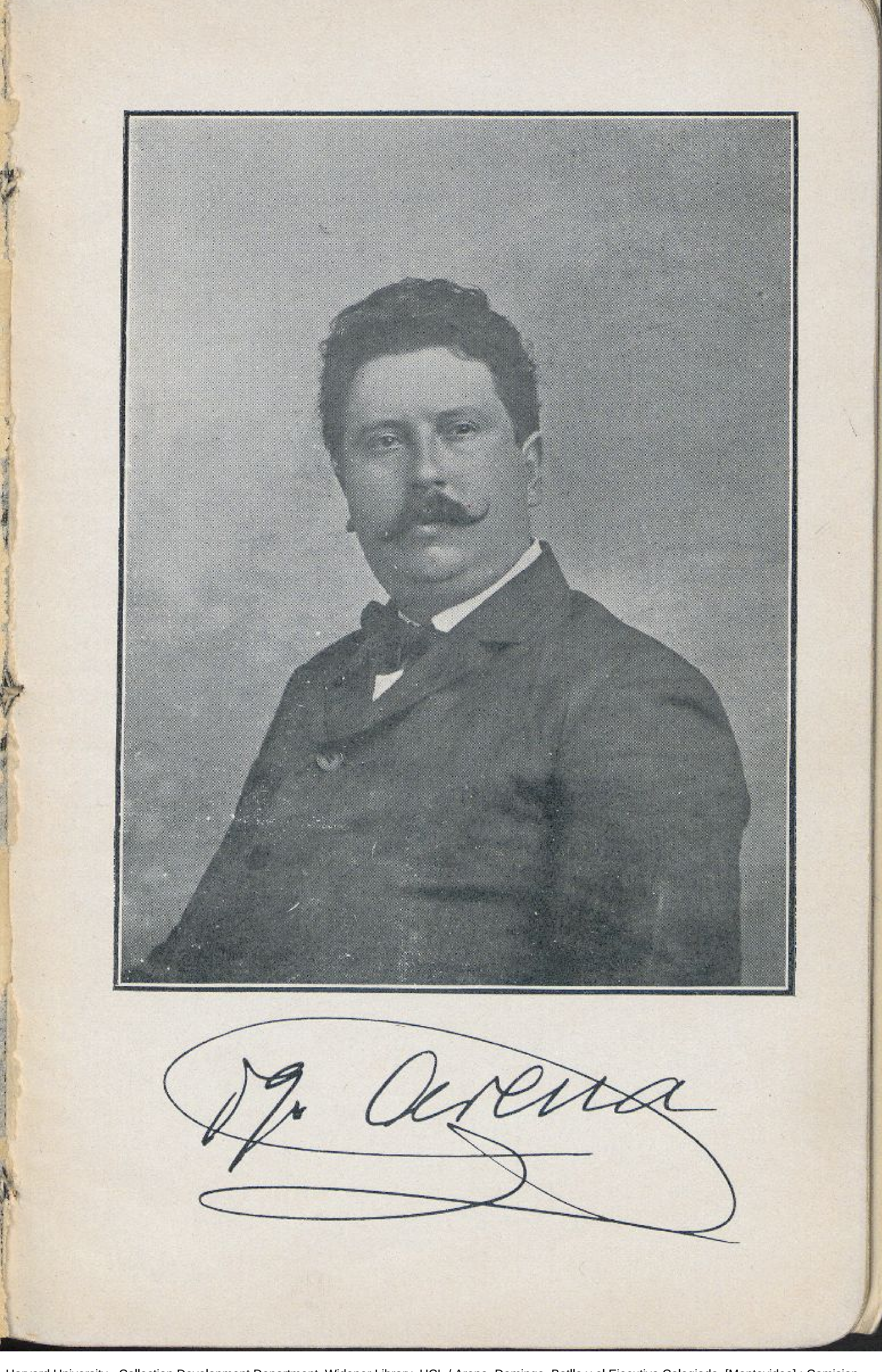
Y EL

EJECUTIVO COLEGIADO

Conferencia dada por el Dr. Domingo Arena en el Teatro Stella d'Italia la noche del 17 de Mayo de 1913 y tomada taquigráficamente por los taquígrafos Sres. Labandera, Bove y Montero.

Editada por la Comisión Nacional del Partido Colorado.





CONFERENCIA

DADA POR EL

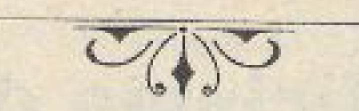
Dr. DOMINGO ARENA

SOBRE REFORMA CONSTITUCIONAL

EN EL

TEATRO STELLA D'ITALIA

La noche del 17 de Mayo de 1913



—Al presentarse en el escenario el Dr. Arena es recibido con grandes aplausos.

Dr. Arena—Muchas gracias por la amable acogida. La agradezco en nombre de la causa. Solo ella puede merecer semejantes ovaciones. Es en su nombre que las acepto.

Batlle y la Reforma

Tengo el propósito de hablar estensamente, todo lo que puedan soportar Vdes., todo lo que permitan mis órganos vocales—sobre la magna

cuestión del Ejecutivo Colegiado. Pero, debo advertir, que desde el primer momento tendré que hablar de Batlle.

Batlle es el autor de la reforma; Batlle es el responsable de la reforma, Batlle es toda la reforma!

Por consiguiente, es imposible abordar la materia sin ocuparse preferentemente de él. Por otra parte, desde que los enemigos irreconciliables de Batlle no hablan de la reforma sin hablar de Batlle, sus amigos irreductibles, tenemos el mismo derecho, hasta estamos en el deber de proceder de la misma manera. Por lo demás la tarea nos será fácil, porque Batlle nos ofrece con sus infinitas buenas intenciones, una foja de servicios realmente insobrepujable.

El Porfirismo de Batlle

Se ha querido empañar la magna iniciativa de Batlle tendiendo sobre ella la sombra del Porfirismo. Esa afirmación, Señores, es una inmensa patraña. Batlle, por su constitución moral, es la antitésis del Porfirismo. Su inmensa probidad bastaría, por sí sola, para ponernos á cubierto de ese peligro. El, para quien todo lo ageno es sagrado, no podria atentar contra la soberania nacional que es lo más sagrado de su país.

No es el Porfirismo, sinó el bien público la verdadera obcesión de ese tenaz batallador. Por el bien público sacrifica hombres, intereses, afec-

ciones y hasta se sacrifica á sí mismo!—Si ha querido gobernar y gobierna todavía, no es por la voluptuosidad del mando, sinó por la voluptuosidad del bien. Por el bien del mayor número ha afrontado una guerra cruel, que es la prueba más dura á que han podido verse sometidos su sensibilidad y su humanitarismo—digan lo que quieran los que solo conocen á Batlle al travez de las crónicas petroleras—y es con la esperanza de seguir haciendo el bien que se mantiene en un puesto que solo le ofrece disgustos y sinsabores!

(Grandes aplausos).

No puede ser Porfirista quien es profundamente bueno é intensamente justo.—No nos dejemos engañar por sus raras violencias, que no son, casi siempre, sinó reacciones violentas contra otras violencias.—No nos dejemos engañar por la rudeza de algunos de sus golpes!—Indudablemente los golpes de Batlle suelen ser desmesurados.—Pero, es, sin duda, porque no saben ni pueden defenderse de otra manera esos seres excepcionalmente robustos, nacidos para demoler y reconstruir lo que demuele y reconstruye Batlle.

Se nos habla de sus pasiones. ¡Si, se apasiona como pocos por la verdad y por la justicia! Pero, su pasión es su fuerza! Solo los grandes apasionados realizan las grandes obras.—Un hombre sin pasiones es casi un animal de sangre fría!

(Aplausos).

Por sus pasiones tiene enemigos que lo odian á muerte, pero por sus pasiones es que tiene tam-

bién amigos delirantes. Por lo demás, esas pasiones—lo sabe todo el pais—nunca consiguen perturbar la rectitud fundamental de su criterio y aun en sus errores corre siempre deslumbrado por un principio de justicia superior!

(Aplausos).

Las verdaderas razones de la reforma

Yo puedo presumir de conocer desde su germen la idea del Ejecutivo Colegiado, tal cual como se ha desarrollado en el espíritu de Batlle. Puedo decir, pues, en breves palabras cuales han sido las verdaderas razones inspiradoras.

Batlle cree sinceramente que en el país ha fracasado el ejecutivo unipersonal—no para los Gobernantes se sobreentiende, sinó para los Gobernados—Batlle cree firmemente que esa larga via crucis porque ha pasado la República—más larga y dolorosa que la de Cristo—es en gran parte la obra presidencial.—Batlle cree que la sangre que se ha derramado á torrentes, se ha derramado casi siempre ó por culpa de los Presidentes ó por culpa de la ambición Presidencial.—Batlle vive permanentemente obsesionado por la pesadilla de que el país juega su suerte toda en cada elección presidencial—por la desesperante pesadilla de que todos los progresos conquistados á fuerza de tantos sacrificios puedan perder-

se en un día, por la elección de un mal Presidente.—Batlle ha vivido y vive perpetuamente azorado ante el formidable y tenebroso salto atrás que puede hacernos dar en cualquier momento una mala elección.—Batlle ha sentido, ha palpado, que todavía no ha ocupado su puesto el Presidente elegido, cuando surgen á su alrededor los candidatos á la futura presidencia, y ha visto como esos candidatos, como los amigos de esos candidatos, como los amigos de los amigos de los candidatos no dan un paso, no hacen un gesto que no esté influenciado por el miraje de la futura presidencia.—Batlle ha visto, en fin, en ese espectáculo permanente de la lucha por la presidencia, una perturbación constante y profunda de todo el mecanismo político-administrativo y de toda la vida nacional.

Batlle, que es realmente un profundo demócrata, no ha podido menos que sonreir con dolor ante ese jefe que se ha impuesto la democracia—un hombre desmesuradamente levantado por encima de los demás hombres, con honores tan excepcionales, con prerrogativas tan excepcionales como no las tienen semejantes, reunidos, los otros grandes poderes del Estado.

Batlle que ha tenido y tiene la preocupación constante del partido colorado, principalmente porque lo considera el gran instrumento con que ha de labrarse el bienestar nacional, ha temido que ese mal de la presidencia llegara hasta el propio partido colorado y concluyera por dividirlo...

Una voz de la platea—No!

Dr. Arena—... ha creido, hasta ha temido—mostrándose en eso menos seguro que esa voz que me llega de la platea—que en estos momentos mismos, la lucha por la presidencia, empezara à dividir al partido colorado y siente sinceramente que si se ha de poder agruparlo de nuevo en una masa compacta é irresistible, será encauzàndolo detrás de la idea nueva y generosa del Ejecutivo Colegiado!

(Muy bien). (Aplausos).

Batlle, en resumen, ha creido á su país enfermo del mal de la presidencia y ha querido emplear los mejores esfuerzos de su presidencia para curarlo del terrible mal.—Al principio creyó que hubiese bastado con achicar la presidencia, con hacer menos apetecible, menos deslumbrante, ese eterno elemento perturbador.—Pero, llevado por esa tendencia natural de su espiritu de buscar remedios radicales para los grandes males, optó por algo más concluyente y màs decisivo: por la supresión lisa y llana de la presidencia, pues eso, y no otra cosa importa en definitiva la creación del Ejecutivo Colegiado.

La sinceridad de Batlle

Yo, Señores, no soy político. Si he de hablarles con toda franqueza tendré que decir que la política no me hace feliz.

A mi idiosincracia, un poco sentimental, re-

pugna ese perpétuo sacrifiicio de hombres que impone el buen servicio de las ideas!—Mi palabra, pues, es una palabra enteramente imparcial. No me turba ninguna ambición, no me ciega ningún interés. Hablo como un simple hombre de bien, absolutamente adicto á Batlle porque lo siento por encima de todo, un perfecto hombre de bien!

(Aplausos).

Pues bien: yo, que conozco como pocos á Batlle, que he vivido veinte y cinco años en un contacto permanente con ese gran ciudadano, que puedo haber llegado hasta el fondo de su pensamiento, hasta la entraña misma de su pensamiento, yo que puedo saber la verdad,—la verdad total —sobre cuales son los móviles que lo han llevado hastael Ejecutivo Colegiado y que no acostumbro á decir mentiras, empeño mi palabra de honor ante Vds. y el país entero de que en ningún momento ninguna idea mezquina ha empañado la concepción de Batlle!

(Grandes aplausos).

...Que jamás lo han inspirado otros móviles que el bienestar del país; que nunca, en ningún momento, ha pensado en él ni en ninguno de los que estaban á su lado, porque él no es hombre para pensar en hombres cuando está de por medio la salud nacional!

(Aplausos).

...Y digo esto con toda vehemencia, con toda la vehemencia de que me siento capaz, por-

que deseo que mi convicción pase toda entera al espíritu de Vds., para que Vds., donde quiera que surja la patraña, puedan desmentirla con la misma vehemencia con que la desmiento yo!

(Muy bien). (Aplausos).

Pero, por encima de las palabras, estàn los hechos; hechos inequívocos y concluyentes—que no ven solo los que no quieren ver—y que demuestran de una manera clara, palpable, que Batlle, jamàs ha delirado por el poder.

Casi no debería perder tiempo en hacer historia retrospectiva, porque el decàlogo batllista no puede ser desconocido en una asamblea tan batllista como la á que tengo el honor de dirigirme. Pero no está de màs repetir, cuando se pueden repetir cosas tan sustanciales. Recordaré, pues, que ese Batlle de quien se aparenta temer —y subrayo la palabra *aparenta* porque no creo que haya gente inteligente en el país, que pueda creer en serio en el porfirismo de Batlle—que ese Batlle, repito, de quien se aparenta temer un zarpazo á la Presidencia, no una sinò muchas veces, ha desdeñado como cosa baladí, aquella Presidencia.

Batlle durante los quince días

¡Rechaza la presidencia!

Recuerden Vds. los célebres quince días que siguieron á la dictadura del señor Cuestas. En

aquel entonces, al Sr. Batlle y Ordoñez, blancos y colorados le ofrecieron la Presidencia de la República. El hecho es indiscutible. *El Dia* lo ha probado muchas veces y nadie ha podido contestarlo.

Para aquel hombre lleno de ideas, en la plenitud de su vigor, contando con la adhesión de los dos grandes partidos tradicionales, la Presidencia de la República debió parecerle una cosa magnífica, estupenda. Tenía el derecho de creer que se le ofrecía una oportunidad única para pasar á la historia haciendo un gobierno histórico. Sin embargo Batlle no quiso ser Presidente y rechazó enérgicamente el tentador ofrecimiento. ¿Porqué?—Nada más que porque la Presidencia había sido prometida á otro, y porque consideraba que estaba por encima de todas las presidencias, —hasta por encima de las más altas visiones de gloria—el deber elemental de cumplir la palabra empeñada!

La influencia moral de Batlle sometida á prueba

Algún tiempo después los apetitos presidenciales de Batlle se pusieron nuevamente á prueba.

Había tenido Batlle el honor de perder las elecciones senatoriales en cinco departamentos de los seis que habían disputado los nacionalistas. Hablo lisa y llanamente de Batlle aunque no estaba en el gobierno, porque, como es notorio, en aquel

momento, tuvo en sus manos todas las fuerzas gubernamentales. Ejerció entonces totalmente, en representación del Sr. Cuestas, la influencia moral del gobernante que tanto combaten hoy sus enemigos y cuya justicia él sostiene con inquebrantable energía. Pues bien: apesar de aquella influencia moral ejercida en toda su fuerza, Batlle perdió las elecciones en todas partes. ¿Qué quiere decir eso? ¡Quiere decir, simplemente, pero con evidencia meridiana, que cuando la influencia moral se ejerce de una manera lícita, sin coacciones, sin atropellos y sin indecencias, los gobernantes solo ganan elecciones cuando tienen la opinión de la mayoría del país!—Porque la influencia moral del Presidente, cuando se mantiene dentro de los términos estrictos de la ley y de la moral, solo se hace sentir sobre *los que quieren acompañar al Presidente;* y para defenderse de lo que se pretende presentar como una coacción avasalladora, solo basta *no querer seguir al Presidente;* cosa que se puede hacer sin ninguna clase de riesgos, se esté donde quiera que se esté, se tenga la posición que se tenga, cuando está en la Presidencia de la República un Presidente como Batlle, ante el cual todas las resistencias están garantidas si se agitan dentro del derecho.

Pero me he apartado de la cuestión. Esto no ha sido más que un paréntesis. A lo que quiero ir es á recordar que aquella elección de senadores dió lugar á un hecho que probó una vez más lo poco que siempre ha perturbado á Batlle la ambición presidencial.

Batlle entre su interés el de su partido

¡Jugando con la presidencia!

Surgió como Vds. recordarán, la célebre cuestión de los poderes de Río Negro.

El Sr. Batlle hasta ese momento seguía contando con el apoyo total del partido nacionalista. Antes de iniciarse el debate se le hizo saber que si no resistía el triunfo de aquel partido en el Departamento de Río Negro, sus relaciones con el adversario seguirían siendo perfectas.—Batlle ni se dignó tratar la cuestión.—Al vérsele totalmente decidido á defender á toda costa á su partido político, solo se le pidiò, como condición de la futura concordia, que no tomara una parte demasiado activa en la discusión.—Aquello parecia razonable á mucha gente.—Con una actitud transaccional guardaria las formas con su partido político y no perdería las amistades del partido nacionalista.

Pero Batlle no quiso entender de razones. Convencido de que el Patido Colorado había ganado la elección de Río Negro, creyò de su deber defenderla á toda costa, considerando que ningún interés de orden personal, por trascendental que fuese, podia lícitamente hacer olvidar el derecho de un partido político.—Y consecuente con esas ideas, dejó de lado actitudes equívocas y se lanzó resueltamente á la defensa de los poderes colo-

rados de Río Negro, á sabiendas de que su actitud importaba perder inmediatamente el apoyo del partido nacionalista, á sabiendas de que su actitud importaba perder seguramente la futura Presidencia de la República, que entonces podía considerar poco menos que en sus manos.

Batlle después de la guerra

¡Ni prórroga, ni reelección!

Algún tiempo después Batlle nos vuelve á dar una nueva prueba de su ejemplar despego por la Presidencia. Fué á raiz de la terrible guerra del 1904.

Acababa de triunfar de una manera total. Sus implacables adversarios estaban entregados á discresión. Con esa inteligencia que los viene caracterizando desde hace tiempo, habían cometido el error de exigir entre las bases de paz, la reforma constitucional.—Batlle debía, pues, ir á la reforma para cumplir lo pactado con los nacionalistas. Hubiera podido mostrarse irreductible invocando la palabra empeñada. Y le bastaba ir á la reforma para hacerla como hubiera querido!

Hubiera podido ir á la prórroga de su mandato, á la reelección, à cualquier parte!—Se sentía prestigioso, fuerte, con un ejército solidarizado con él en una ruda triunfal campaña.—Contaba con todo el apoyo del Partido Colorado que se había visto, gracias à el, salvado, casi resucitado.—

No solo le había dicho como á Lázaro: «Levántate y anda» sino que lo lanzò rejuvenecido y prestigioso á la conquista de los grandes destinos!— El país entero, deslumbrado por los progresos que le llovian incesantemente de todas partes, de la manera más inesperada—como llovió el maná en el desierto—no pedia sinó la continuación del gobierno de Batlle.

En apoyo de esa continuación se invocaban no tan solo el interés del país sino razones de justicia: se invocaba el fracaso parcial de su gobierno torpemente interrumpido por dos guerras. Pero Batlle, no se dejó convencer y no quiso ir à la reforma constitucional; lo que equivalió lisa y llanamente á rechazar la reelección ó la prórroga de su mandato—¿Por qué?—Nada más que porque le parecía poco decente,—que por lo menos podía considerarlo asi mucha gente y sobre todo la gente del extranjero—que se hiciese la reforma constitucional consultando principalmente, aunque fuera en apariencias, el interés del Presidente!

Batlle en la actualidad

¿Dónde está el que pueda comparársele?

Eso no es todo. Ahora mismo, como lo saben muchos, como lo pueden atestiguar, entre otros el Dr. Otero y el Dr. Feliciano Viera,—á quien

acabo de ver con mucho gusto en este momento— manifestó categoricamente á sus amigos, cuando lanzò la idea del Ejecutivo Colegiado, que si lo ayudaban á hacer la reforma, le regalaría al País un año de Presidencia, yéndose á descansar antes de tiempo, muy satisfecho con tal de dejar implantado el nuevo Gobierno del que esperaba tantos bienes.

Y yo pregunto señores como síntesis de esta somera exposición—lamentando que no estén aquí nuestros adversarios para dirigirme á ellos preferentemente :—¿dónde está el ciudadano de nuestro país que haya jugado así, como con un dije, con la Presidencia de la República, como lo ha hecho Batlle?—¿Dónde está, vuelvo á preguntar, en este país de delirantes por la presidencia, el ciudadano que, como Batlle, por simples escrúpulos de conciencia, no haya querido llegar por dos ó tres veces à la Presidencia ó se haya resistido á mantenerse en la presidencia?—Yo sé que hay mucha gente que renuncia graciosamente á la blanca mano de Doña Inés, pero pregunto ¿dónde está el apasionado que después de tener á Doña Inés entre sus brazos se ha desprendido de ella por un simple arranque de romanticismo?

(Grandes aplausos).

Batlle frente al derecho ageno

Hoy mismo, señores, Batlle está dàndonos otra gran prueba de lo poco que para él vale el poder, cuando no está acompañado de todo el derecho,—nos està dando otra prueba, repito, de que su impetuoso espiritu es antes que todo legalista y que detiene todas sus ambiciones, todas sus aspiraciones cuando se encuentra frente al derecho ageno.

Batlle quiere vivamente la reforma. Batlle se siente tan fuerte y tan prestigioso como después de los días de la guerra. Batlle ve que todo su partido político y todos las clases avanzadas del país se agrupan á su alrededor clamando por la reforma. Y sin embargo la reforma no marcha!

La reforma no marcha porque no quieren que marche once senadores . . .

(Murmullos).

. . . ¡No olviden, señores, que los once senadores hacen uso de un derecho y que Batlle da el ejemplo de que ese derecho debe respetarse!

Como decía, el torrente reformista es detenido por once senadores.—Y el tirano, el Porfirio, se detiene, se comprime casi, se inclina, solo porque esos once senadores le hablan en nombre de la ley!—¡Y yo pregunto, si ese espectáculo, magestuoso dentro de su sencillez,—un bosquejo de alta moralidad política trazado en cuatro rasgos—no basta para demostrar al mundo que al

frente de los destinos del Uruguay no hay ningún miserable tiranuelo sino un robusto demócrata, orgullo del país!

(Grandes aplausos).

Altruismo de la acción gubernamental de Batlle

No me basta Señores, con demostrar que Batlle procede con desinterés y patriotismo—eso, tratándose de Batlle me resultaría vulgar;—quiero demostrar que su iniciativa es altruista casi hasta el sacrificio.

Ante todo dejemos constancia de que la actuación presidencial del Sr. Batlle es un perpétuo sacrificio. Para él la presidencia no tiene ningún halago. Trabaja con más rudeza que el más rudo obrero, solo porque siente la necesidad de ganarse bien su sueldo. No goza ni de los halagos del mando porque no tiene ninguno de los estiramientos del mandón.

Tiene que vivir en una perpétua negativa no solo ante los pedidos de sus amigos, sino ante las infinitas miserias que se agitan alrededor de toda situación preeminente. Tiene que defender y defiende con una ferocidad sin igual los intereses comunes, y sobre todo tiene que vivir eternamente en brega con sus adversarios políticos, que lo atacan en una forma atroz, despiadada, sin ejemplo, —adversarios que no le dan tregua ni en sus

momento de mayor angustia aguijoneados por la esperanza de poderlo herir mejor.

Es claro que Batlle sabe bien que habria podido hacerse una vida mucho más cómoda. Aún después de la guerra le hubiera bastado con abrir los brazos, para que sus más implacables adversarios se apresuraran á correr hacia sus brazos. Pero Batlle no vino al gobierno para darse un gusto, sino para realizar una obra. El rasgo fundamental de esa obra,—la base granítica sobre la cual habian de asentarse todas sus reformas—era el abatimienío del espiritu levantisco de nuestros adversarios tradicionales, con el fin de lanzar á los partidos à las grandes luchas cívicas, á lo que él siempre ha llamado el verdadero y gran acuerdo nacional. En holocausto de esa obra, que debió parecerle inmensa desde que por ella afrontó una terrible guerra; sacrificó enteramente su tranquilidad personal. En vez de decir con el clásico Rey egoista «¡después de mi, el diluvio!» llamo á si el diluvio, se arrojó resueltamente al diluvio con grandes riesgos de zozobrar, pero con la viva esparanza de darle al país largos lustros de bonanza!

Altruismo de la iniciativa de Batlle

Pues el altruismo que ha caracterizado su vida gubernamental, caracteriza también su iniciativa. Él podría estar completamente satisfecho de su actuación. Confiado en su obra hecha,—

¡su inmensa obra hecha! —podría reclinarse tranquilo sobre el descanso que tan trabajosamente se ha labrado en nuestra historia. Sin embargo no lo hace así.—¡Quiere luchar todavía!—Ha entrevisto un porvenir mejor para su patria y quiere alcanzarlo á toda costa.—Sabe que la partida es difícil; sabe que puede ir al fracaso,—porque el fracaso es siempre posible, aún en las obras mejor concebidas;—sabe que el fracaso no solo sería el ridículo para él, sino que podría ser el oscurecimiento de toda su obra y sin embargo se empeña en jugar la partida. Quiere arriesgar á una única carta—á una carta realmente tentadora—toda su reputación amasada con infinitos sacrificios. Ni siquiera le basta con ser el precursor, porque él que no trabaja solo por su gloria, sino principalmente para el bien del país, quiere realizar ese bien, y se desespera ante el temor de que por falta de entusiasmos, los que vengan no puedan ó no quieran realizarlo.

Y se lanza á la obra, al través de todos los prejuicios, al través de todos los obstáculos, por encima de todas las resistencias, con una obstinación realmente subyugadora.—El peligro de quedar solo, sin los mejores tenientes de su larga y ardua campaña, lejos de amilanarlo lo agiganta. ¡Solo se batirà contra todos, con la clara visión de triunfar sobr todos!... Su instinto, pues, debe decirle muy claramente, muy vivamente, que la etapa que persigue es el coronamiento natural de toda su obra, y nosotros debemos creer en el ins-

tinto de ese hombre superior, de ese meditativo realizador, genial á su manera, empeñado en alcanzar la inmortalidad por el engrandecimiento de su pueblo y el mejoramiento de sus conciudadanos!

(Aplausos).

La encuesta de los letrados y la reforma

Se ha querido presentar la iniciativa de Batlle como una extravagancia, como el engendro monstruoso de una mente afiebrada. ¿Por qué? Es lo que está por verse todavía, pues por ahora lo más contundente que se ha aportado al debate es la encuesta de los letrados.

Ya dije en otra ocasión—al defender el divorcio unilateral—que la opinión letrada manifestada en block, no ejerce una acción decisiva en mi espíritu. Estoy demasiado acostumbrado à ver equivocarse á los letrados cuando escriben sus fatigosos alegatos ó redactan sus complicados rosarios de resultandos y considerandos que llaman sentencias, para no admitir que pueden equivocarse más facilmente cuando se pronuncian sin mayor análisis, por un simple si ó no. Y conste que hablo con pleno conocimiento de causa, por ser del oficio y por haber sentido en carne propia la facilidad con que llevan al error los pronunciamientos poco meditados.

Agregaré ahora que el resultado de la encuesta estaba previsto. Nunca esperé otra cosa. Es que toda consulta gremial no puede dar más que una resultante, ó sea la media del concepto corriente sobre la materia consultada. Y esto, que es verdad para todos los gremios, lo es sobretodo para los gremios universitarios, uniformados por la larga disciplina de los estudios comunes.

La influencia universitaria

No seré yo quien hable mal de la Universidad desde que lo poco que soy se lo debo á ella y desde que entiendo que una de las obras mejores de Batlle es ese reguero de cultura que ha difundido por el país llenándolo de pequeñas Universidades. Pero entiendo que la Universidad—imperfecta como toda obra humana—presenta al lado de sus muchas cosas buenas alguna cosa mala. Uno de los males de la Universidad es, en mi concepto, lo que yo llamaría el igualitarismo universitario. La Universidad se me aparece como una máquina destinada á frabricar intelectualidades de la misma talla. ¡Se diría que es escaso el número de moldes de que dispone para el vaciado de tantos espíritus! Enseña á todos las mismas cosas, en los mismos libros, por los mismos métodos, con los mismos maestros. Las inteligencias labradas en la Universidad se resienten forzosamente de la implacable uniformidad de la mano de obra! Los abogados salimos sabiendo

todo el derecho codificado, todo el comentario del derecho; pero no sobrepasan de ahí los horizontes de nuestros conocimientos. La aparición de una idea nueva, de una idea que no hemos visto en la montaña de nuestros libros, nos desconcierta, nos desorienta, como desorienta y desconcierta á los médicos la aparición de una peste desconocida! Con una agravante para nosotros: que mientras los médicos tienen las autopsias, los laboratorios, los microscopios para investigar y tratar de discernir, los abogados no contamos más que con nuestro pobre magin casi siempre defiicientemente nutrido.

(Muy bien. Aplausos).

Los reformadores y su obra

Los abogados pues—salvo las raras excepciones que confirman la regla—difícilmente abordarán nunca nada que se aparte de las ideas corrientes. Si Batlle hubiese sido abogado, probablemente no habría reformado nada. Pero, por suerte no llegó á ser abogado! En cambio es un reformador, y por eso vive cincuenta años más adelante que todos nosotros! Porque, la cacterística de los reformadores, es precisamente, cierta discordancia de ideas con las ideas de las mayorías. Sin esa feliz discordancia, sin los factores casi siempre revolucionarios que aportan los reformadores, el progreso habría seguido una marcha de hormiga y la humanidad estaría todavía en pañales! (Muy bien)!

Nadie que represente el tipo medio de las clases conservadoras, nadie que busque su inspiración en las ideas predominantes, podrá nunca reformar nada. Los reformadores son los que anticipan satisfacciones á necesidades todavía lejanas; son los que presienten ansias todavía en germen en lo más obscuro del alma popular,—son los que inyectan sangre nueva,—son los que ingertan en el rústico árbol institucional la rama fructífera cuidadosamente seleccionada en el amplio jardín de las instituciones del mundo! Y la característica de la verdadera reforma—de la reforma impuesta por el verdadero reformador—es que apenas cristalizada, el pueblo se le asimila, se la apropia, la hace suya, la cree un producto natural de su esfuerzo, con la misma buena fe con que el árbol viejo se cree autor del ingerto!

La experiencia nacional ante la obra del reformador

Así ya ha sucedido y así seguirá sucediendo en nuestro propio país.—Cuando se discutía la ley del divorcio se dejaron oir las más vibrantes alarmas, se presentaron à la Asamblea verdaderos cartapacios con las firmas de los protestantes y de los que profetizaban la disolución de la vida conyugal en cuanto se aprobase la ley. Vino el divorcio, se amplió considerablemente

por dos veces la ley de divorcio, y no solo no se ha disuelto nada, sino que el pueblo se lo ha asimilado tan bien, lo ha sentido tan vivamente como cosa suya, que hoy sería trabajoso, por no decir imposible, arrebatarle la hermosa conquista.—Clamores parecidos se hicieron oir cuando se empezó á discutir la abolición de la pena de muerte,—esa monstruosidad que avergüenza todavía hasta la culta y humana Francia. Los prudentes de todos los tiempos nos anunciaban entonces que el pueblo se estremecería de terror ante el avance de los que querían librarlo inerme en manos de los asesinos.—Pues vino la abolición y el pueblo se siente tan cómodo con ella, la cree tan sinceramente obra suya, que no sería aventurado predecir verdaderas asonadas para el caso de que un inesperado paso hácia la barbarie lo empezara á regalar con ejecuciones!

Hoy mismo está en el tapete de la discusión la jornada uniforme de las ocho horas.—Esas ocho horas encuentran una resistencia implacable en todos los cerrados cuadros conservadores, al punto de que el proyecto podría darse por naufragado, si no se contara con la tenacidad del espíritu de Batlle que lo sostiene, lo empuja y ha de llevarlo á puerto.—Pues las ocho horas vendrán, pese á quien pese y en fecha no lejana, y cuando sus indiscutibles beneficios empiecen á sentirse, aún por los mismos que más las resisten, ustedes verán como Tirios y Troyanos se hacen partidarios apasionados de la reforma.—

Pues lo que ha sucedido con el divorcio i la pena de muerte, y lo que va á suceder seguramente con las ocho horas, tendrá que suceder con más razón con el Ejecutivo Colegiado,—porque esta reforma tan racional como cualquiera de las precitadas es infinitamente más trascendente y cuando el pueblo la vea cristalizada en hecho ¡guay! del que se la quiera arrebatar!

Lo mejor de Batlle es su espíritu reformador

Ese espíritu reformador de Batlle, que sus enemigos critican tan acerbamente, es precisamente su fuerza. Por esa originalidad de sus ideas y por la energia con que las defiende y las lleva á la práctica es que va à pasar á la historia,—más aún que por su inmensa é indiscutible probidad. Es que gracias á su espiritu nuevo se ha desencadenado en el ambiente del pais un vendabal de discusión que lo ha saneado, que lo ha transformado!

Este pais que hasta ayer era para el extrangero un simple pais ganadero ó cuando más un país de blancos y de colorados, hoy es un país de ideas. Nuestras fronteras morales se han ensanchado, pues, enormemente. Lo que antes apenas se dibujaba en el mapa del mundo, empieza á tomar relieve. Ya no solo se habla de nosotros sinó que se empieza á tomarnos como ejemplo.

El país renace y crece ante la mirada atònita de los que nos miran de lejos, como á veces suele nacer y crecer en la llanura una montaña, gracias á la fuerza del fuego interior!

El cuento de la soledad

Se ha querido debilitar la acción de Batlle haciéndole al país el cuento de la soledad. Inteligentemente nadie ha podido creer en aquella soledad,—pero talvez se creyó cándidamente, poder hacerla à fuerza de hablar de ella, olvidando que había hechos fundamentales y notorios que habilitaban para rechazar *á priori*, la afirmación. Si Batlle hubiese estado solo no hubiera podido resistir la implacable propaganda que se le ha hecho. A Batlle, como ustedes lo saben también ó mejor que yo, se le ha atacado con una violencia casi inaudita, sin ejemplo en nuestra historia. Ningún tirano de verdad ha sido agredido tan rudamente, talvez porque contra los tiranos de verdad esa clase de agresiones resultan más complicadas y con mayores consecuencias.

Casi todos los diarios del país se han dado la mano, se han pasado la palabra y han tratado de desencadenar contra la situación una formidable tormenta. Por fortuna la tormenta resultó de escenografía y no ha conseguido conmover,—rizar siquiera—nuestro plàcido ambiente político. Los implacables enemigos de Batlle han creído real-

mente poder desencadenar un verdadero terremoto. Pero el país se ha resistido á estremecerse. Todo el mundo trabaja contento, seguro de su presente, más seguro todavía del porvenir, digan lo que digan los diarios de la oposición. El crédito nacional se mantiene erguido. Los sensibilísimos valores de bolsa no se han encrespado. ¡Ni siquiera han conseguido hacernos hablar de la guerra, ese espantajo con que todos soñábamos despiertos hasta ayer, precisamente hasta el día en que vino Batlle y de un zarpazo lo apartó para siempre de nuestros ojos!

(Aplausos).

...En cuanto á Batlle, bien arraigado en el corazón de su pueblo, se ha mantenido enhiesto, inconmovible, como una de esas altas y robustas encinas que corren las mayores tormentas sin perder una sola de sus ramas!

(Aplausos).

El prestigio popular de Batlle

Es necesario vivir fuera de la realidad para creer que el prestigio popular de Batlle haya podido menguar. Para el pueblo, Batlle es hoy lo que era ayer, más de lo que era ayer, porque hoy tiene á su favor otros dos años de esfuerzos francamente orientados en su esclusivo beneficio. El pueblo que tiene un gran instinto, siente bien que si no se ha marchado más de prisa, es porque Batlle no puede solo, contra la inercia de todos los reaccionarios y retrógrados. (Aplausos).

No es posible, pues, pensar en dispersiones alrededor de Batlle. Podremos dispersarnos los dirigentes, los que aspiramos á influir en la obra de Batlle. Podrá dispersarse el Estado Mayor . . .

Una voz.—Pero no el pueblo.

Sr. Arena.— . . . pero no el pueblo, como lo dicen con toda justicia desde la platea, porque ese pueblo que siente que no será toda la vida más que dirigido,—y solo aspira à ser bien dirigido—sabe bien que con nadie estará mejor que rodeando á Batlle. Y la prueba, señores, del inmenso arraigo de Batlle en el alma popular, nos la dará la consagración de su segunda Presidencia, esa inmensa manifestación que ya veo con la imajinación desbordando en nuestras calles y que la espero tan compacta y clamorosa, como para dejar helados à nuestros más irreconciliables adversarios.

La popularidad de Batlle consagrada

Pero no tenemos porque decretar esperas para juzgar de la popularidad de Batlle. Los hechos se han producido ya. Bastó un gesto del extraño solitario para que grandes legiones se movilizaran en todos los ámbitos del país y clamaran por la reforma. Ese magnífico espectáculo lo debemos—confesémoslo para ser justos—á los once Senadores. . .

(Aplausos).

...Ellos fueron el obstáculo opueste al torrente que ha servido para vigorizar el torrente, para darle más fuerza al torrente!

El Batllismo estaba adormecido. Sin adversarios al frente, seguro de sus destinos, seguía tranquilamente su marcha ascencional, creyendo alcanzar sin lucha sus grandes ideales.

Ese quietismo que origina siempre la falta de adversarios, pudo hacer creer un momento que la reforma fuera un fruto artificial impuesto por Batlle y aceptado lisa y llanamente por los partidarios de Batlle. Pero bastó que sonaran voces aisladas de peligro en las propias filas para que el Batllismo en masa se pusiera en pie, y se irguiese, y se agrupase, y rodease á su jefe y se dispusiera á ir á la lucha con los mismos entusiasmos y con la misma decisiôn con que en días menos felices para la patria ofreció su sangre y su vida á la causa de la civilización!

(Muy bien)!

Ante las columnas y las manifestaciones desbordantes, como esta de entusiasmo, que se han repetido à diario en todo el país; ante las infinitas listas de adherentes á la política de Batlle, que han llenado las columnas de los diarios, no ha sido posible seguir hablando de la soledad de Batlle,—sería negar la evidencia! Pero en cambio, cambiando de táctica, se ha empezado á afirmar que los que rodean à Batlle no son más que empleados públicos, aspirantes á empleos é inconscientes!

Como son los partidarios de Batlle

No voy á detenerme mayormente en la primera afirmación. Si fuera á hacer estadística talvez pudiera probar que los mejores empleos están en manos de nuestros adversarios.

(Aplausos).

Por otra parte, todos ustedes saben que con los raros empleos que se ofrecen en la Administraciòn, no es posible mover las grandes masas.—¡No hay para tantos!—Precisamente, si algo està bien demostrado, es que las grandes masas las forman siempre los que concretamente nada piden ni nada esperan, los que casi nunca calculan, los que corren jadeantes desde un pasado remoto detrás de un ideal siempre fujitivo de justicia y de piedad:—el ideal, que en la medida de sus fuerzas es, precisamente, el que enarbola Batlle.

Detengámosnos un momento ante la segunda afirmación. Indudablemente entre los que se adhieren á Batlle hay muchos que si se les obligara á disertar sobre el Ejecutiva Colegiado lo harían de seguro peor que yo. No todos son letrados, hay que confesarlo, los adherentes de Batlle. Pero en el más humilde de esos adherentes hay un convencido de que Batlle es un hombre que quiere sinceramente el bien del pais. Todos los adherentes de Batlle saben que siguiendo á Batlle irán infaliblemente por el buen camino;—

están acostumbrados desde hace muchos años á acompañarlo y á contar con su acierto. El conflicto se resuelve, pues, una vez más en forma pasional, como se han resuelto siempre los grandes conflictos en el campo de la historia. Los colorados se agrupan al rededor de Batlle con la misma confianza, con la misma convicción, con el mismo entusiasmo con que los creyentes se agrupan al rededor del que predica la religión nueva!

El fenómeno es perfectamente natural. No se produce solo en las capas humildes de la sociedad, — se produce en todas las capas . . . Yo mismo no diria toda la verdad—y acostumbro á decirla siempre toda — si no dijera que yo también he seguido á Batlle.

Cuando recién lanzó el magno problema del Ejecutivo Colegiado, yo también sentí ese horror por lo nuevo solo comparable al horror por el vacío de que nos hablan los físicos. Pero yo conversé con Batlle, discutí con Batlle y concluí por convencerme, y hoy solo lamento no tener más energías, no tener más facultades para ponerlas totalmente al servicio de la gran causa popular.

La confianza en la vida

Nada más natural en la vida, señores, que el confiar los unos en la pericia de los otros. La vida es un perpetuo acto de confianza. Al tomarse un automovil se confía en el chaufer. Al tomarse un

barco, se confía en el capitán y en los tripulantes. El acto elementalísimo de la comida diaria, no se concibe sin una total confianza en el cocinero. Cuando aparece un enfermo ¿qué se hace? Se vá inmediatamente al médico de confianza. Cuando surge un simple conflicto pecuniario ¿qué se hace? Se va en seguida al abogado de confianza. ¿Que hay de extraño, pues, que cuando surge un conflicto político,—que es casi siempre el más oscuro y enmarañado de los conflictos—los que no pueden ver claro recurran al político de su confianza?

Batlle es nuestro político de confianza!

Pues bien: Batlle es para nosotros, fuera de toda dudá, el político de confianza . . .

(Aplausos).

. . . Es el que mejor se ha ganado ese título con sus grandes esfuerzos; es el que más se lo merece por su preparación.

En toda su vida—ya larga—no ha hecho más que política. Se podría llamar, á justo título, un especialista de la política. Ha nacido un predestinado de la política y seguirá hasta el fin su destino. Ha abarcado la política en sus más diversas manifestaciones. Desde la prensa ha hecho como pocos la oposición—y no la confortable oposición que se hace ahora, con la garantía—casi con el

estímulo—de las policías del Gobierno—sinó la ruda oposición de los tiempos duros, aquella en la que se jugaba positivamente la vida á cada momento; con cada palabra!

Ha hecho política en la paz y en la guerra. Esa formidable máquina de la Presidencia, cuyo proceso está haciendo ahora con tanta energía, la ha tenido tres veces en sus robustas manos. ¿Qué de extraño, pues, que con semejante caudal de experiencia, teniendo como tiene un talento indiscutible y unos levantados propósitos que nadie podrá aventajar, que de extraño, repito, que sea el hombre llamado á asesorar á sus correligionarios en los momentos obscuros de incertidumbre y de conflicto?

Ejemplos concluyentes

Agréguese que las conclusiones á priori que pueden establecerse á su favor, están abonadas por los hechos—por una larga serie de hechos que nos lo muestran firme cuando todos hemos vacilado, en lo cierto cuando todos hemos estado en el error. Podemos citar algunos ejemplos.

La política de partido era, en nuestro país, una cosa casi inconcebible. La veíamos fructificar de una manera expléndida en muchas partes, pero se le consideraba una planta exótica incapaz de arraigar en nuestro medio. Hoy, la política de partido, gracias à Batlle, y contra la opinión de todo el mundo, es un hecho definitiva-

mente triunfante en el país, al punto de que ya son pocos los que se atreven hablar en serio de la política de coparticipación.

Cuando la guerra, los mismos que habían pedido la guerra, cansados de tanta guerra, pedían á toda costa, por cualquier medio, la cesación de la guerra.

El único que dijo: «¡nó, la guerra debe acabar por la misma guerra!» fué Batlle—y nó por espíritu de crueldad, naturalmente, sino porque tuvo la clara visión de que una vez producido el desastre, cada gota de sangre que corriera economizaría torrentes para el porvenir!

(Muy bien—Prolongados aplausos).

Más ejemplos concluyentes

Cuando la abstención nacionalista, todo el mundo, así, todo el mundo, creyó que ella importaba una catástrofe,—que era la verdadera paz armada. Y tan lo creíamos todos, que corrimos de puerta en puerta á pedir por favor á muchos ciudadanos adversarios que vinieran á ocupar bancas regaladas por el Partido Colorado. El único que no creía en la catástrofe, que se reía de nuestros temores, que protestaba contra nuestras insólitas súplicas era Batlle, que nos gritaba desde el otro lado de los mares: «Imbéciles!... —no nos decía eso, naturalmente, pero nos decía algo equivalente—dejad que los blancos se abs-

tengan: ¡es lo mejor que pueden hacer para llegar más pronto á su total aniquilamiento»!

(Grandes aplausos).

Ahora mismo, al iniciarse su segunda presidencia, todos le dijimos: «Señor, usted que nos ha dado la calma material, es necesario que nos dé ahora la calma de los espíritus;—debe tratar bien á los nacionalistas, hacer algo para que en este pobre pais no se hable más de guerra»!—Y él nos contestó: «Sí, señores, tienen razón: hay que tranquilizar los espíritus, es necesario que no se hable más de guerra y espero en seis meses conseguirlo».—Y se puso á la obra.—Pero, en vez de aplicar nuestra receta, se lanzó en aquella propaganda inesperada, revulsiva, desconcertante que empezó con el célebre: «¡No lo ha dicho, ni lo piensa!» y cuyo resultado fué, con sorpresa de todos, que seis meses después, la palabra *guerra* desapareciera hasta ahora, talvez para siempre, de nuestro vocabulario político!

(Grandes aplausos).

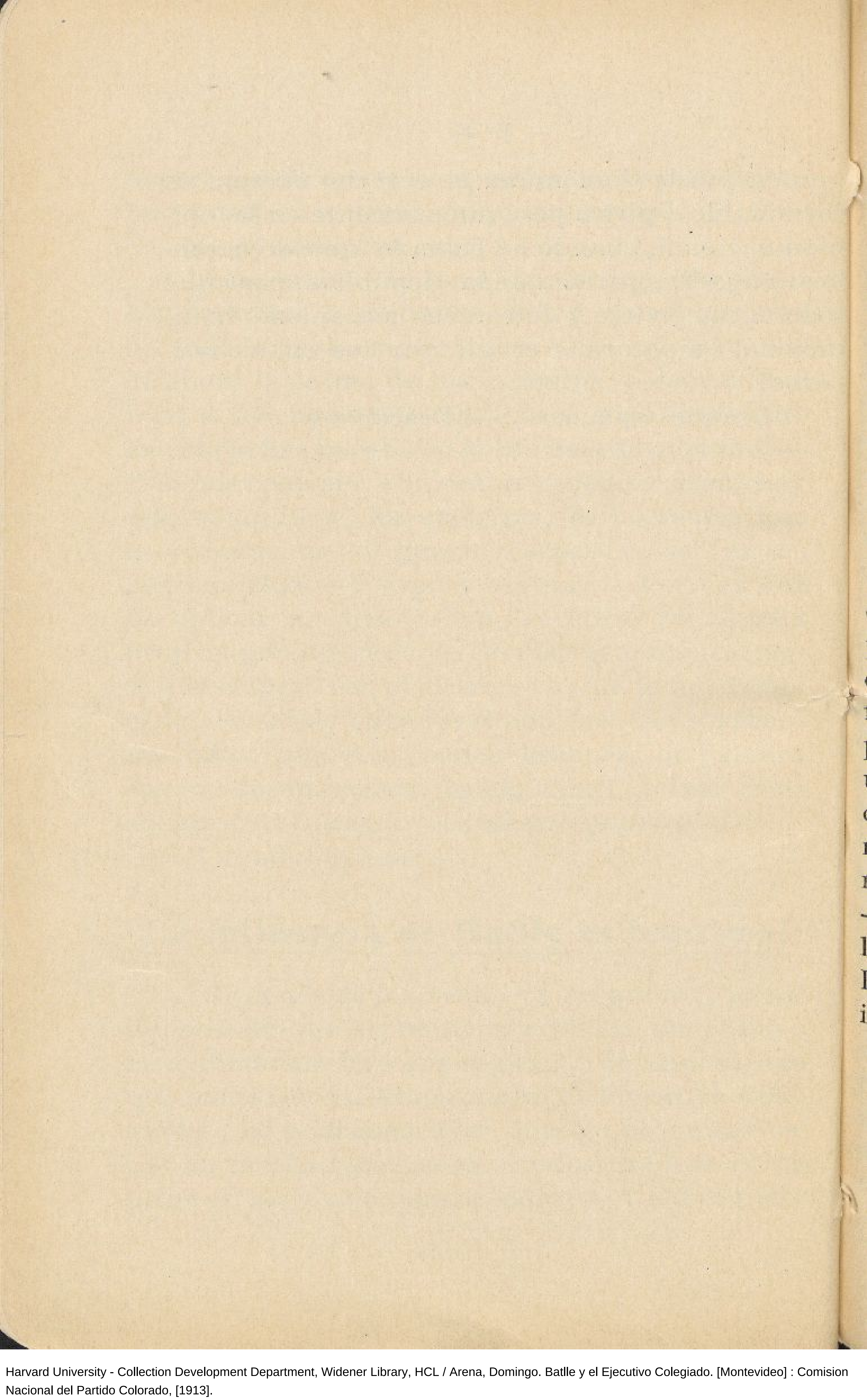
La influencia de Batlle es legítima!

Y después de todo esto, yo pregunto: ¿puede dudarse de que es realmente Batlle un político cuyo dictámen hay que seguir? Aún suponiendo que todos estuviésemos contra el Ejecutivo Colegiado, ¿no podria suceder que él que tantas veces ha tenido razón contra todos, tuviese razón una vez más solo contra todos?—Y sobre todo:

¿quién puede desconocer el derecho de que su formidable espíritu pese intensamente en la opinión nacional, cuando ha bastado que se encumbrara á la Presidencia de la República, para que todo nuestro viejo y defectuoso mecanismo institucional empezara á crugir por los cuatro costados?

(Grandes aplausos).—(Descanso).





ENTRANDO EN MATERIA



Recién ahora, contando con la benevolencia de ustedes, voy á decir algunas cosas sobre el fondo de la cuestión que deseo tratar, ó sea sobre el Poder Ejecutivo Colegiado. No puedo tener la pretensión de decir todo lo que habría y se podría decir sobre esta grave materia, en una sola conferencia. Para realizar medianamente semejante propósito habría que abusar de la paciencia de ustedes, y propinarles otras dos ó tres conferencias. Por otra parte, los adversarios hasta ahora no nos han dado asunto, porque, como es notorio, no han empezado todavia su verdadera campaña —la de los argumentos—contra el Ejecutivo Colegiado. Cuando comiencen les contestaremos. Por ahora nos vamos à limitar á avanzar algunas ideas.

El régimen presidencial es ilógico

Empiezo por hacer notar que el régimen presidencial vigente no tiene ninguna justificación lógica, que hasta se le podría calificar de absurdo sin incurrir en demasia.—Por mi parte, solo me lo explico impuesto por la necesidad y la urgencia.—La democracia ha trabajado demasiado apresuradamente, y le ha faltado campo para hacer experiancias. Rodeada de reyes, abrumada por los reyes, su tarea fundamental fué suprimir los reyes. Pero, careciendo de antecedentes ilustrativos, creyó buenamente que para que la sociedad marchase, era necesario sustituir al Rey con algo que se le pareciese. Y sin tiempo para mayor examen, urgida por los sucesos, colocó en el sitio del Rey al Presidente; sin advertir, que en definitiva, no había hecho más que crear un pequeño Rey, un Rey no vitalicio, elegido á término, pero que tiene, evidentemente, toda la autoridad, toda la importancia, todos los honores, hasta toda la impunidad que tienen los Reyes.

Una prueba experimental

De que el Presidente no es más que un pequeño Rey, lo probaría de una manera experimental, que es el medio de prueba por excelencia. Tomaría, por ejemplo, á un ruso recién venido, que no conociese nada de nuestras instituciones, y lo lle-

varía en un día de fiesta patria á conocer á nuestro primer magistrado. Y estoy seguro que mi ruso al ver á nuestro Presidente con el pecho cruzado por la banda, marchando entre tambores y trompetas, seguido de lujosa escolta, entre un ejército que le presenta las armas, gritaría inmediatamente: «¡He ahí el Czar del país!», porque para él, por las formas — y las formas son mucho en la vida—nuestro Presidente no tiene ninguna diferencia con el Czar de su tierra.

En plena evolución gubernamental

El sistema presidencial, no debe ser considerado, pues, para honor de la democracia, sino como un estado provisorio, un estado de transición. Y el paso que queremos dar con el Ejecutivo Colegiado, tampoco, constituirá, seguramente, el estado definitivo, y no importará otra cosa que un nuevo esfuerzo en la lenta y natural evolución hacia el perfeccionamiento gubernamental.—Creo firmemente, que el gobierno verdaderamente democràtico será un día el gobierno del mayor número, y que es á eso, fatalmente, donde nos llevará el progreso.

En consecuencia, pasando del Presidente,— punto inicial de la época nueva, — al Ejecutivo Colegiado, no se hará más que señalar una segunda etapa en la marcha ascendente hacia la libertad.

Tendencia universal hacia el colegialismo

Para sentar la seriedad de nuestras ideas conviene que tomemos en cuenta, esa tendencia universal de hacer colegiados todos los mecanismos directivos. No se hace nada en el mundo, no se funda nada que tenga alguna significación, que tenga alguna importancia, que no se ponga invariablemente, bajo los auspicios de una Comisión Ejecutiva. Esa tendencia universal, no se limita ya á las cuestiones privadas, sino que empieza á invadir el campo de la administración, el campo del Estado.

El colegialismo triunfante en la justicia

Ha invadido ya, totalmente, el campo de la justicia. Hasta hace pocos años, se sostenía en todas partes alrededor del Poder Judicial, la misma brega que se está sosteniendo ahora alrededor de la Presidencia Unipersonal. Se decía que no eran posibles los Jueces colegiados; que el colegialismo arruinaba, suprimía la justicia á fuerza de dividir la responsabilidad,—que los Jueces unipersonales, exclusivamente responsables, eran indispensables, insustituíbles, para que pudiese haber justicia.

Pues bien: el sentido común ha triunfado en esa materia en el mundo entero. Ya sólo por excepciòn hay Jueces unipersonales. La justicia está en todas partes en mano de Comités Ejecutivos. Y se ha concluido por tener tal fé en esos Jueces de conjunto, que hasta ayer se consideraban absurdos, que hoy se les considera insustituíbles para economizar tiempo y obtener una buena justicia. Gracias al nuevo sistema, los pleitos que antes duraban años y tenian dos y tres instancias, hoy se resuelven en una sola, y en meses ó días, donde quiera que hay una judicatura bien organizada. — Los distintos personajes que antes se hacían aparecer sucesivamente en los pleitos, aparecen ahora de una vez en la escena, y se fía totalmente el éxito en la intervención simultànea del mayor número posible de jueces.

El ejecutivo colegiado triunfante en Europa

Pero hay más: el Colegialismo no sólo ha invadido la administraciòn de justicia universal, sino que empieza á invadir el mismo Poder Ejecutivo de los Estados. El Gobierno de Francia, no es en el fondo sinó un Comité Ejecutivo, porque ustedes saben que el Presidente no gobierna, que quien realmente gobierna es el Gabinete, ó sea una verdadera comisiòn, que á su vez, de-

pende de otra gran Comisión, el Parlamento.—Y yo me digo: si una Comisión, dependiendo de otra Comisión, puede hacer buen Gobierno en Francia, ¿por qué una Comisión, dependiendo directamente del pueblo, no ha de poder hacer buen gobierno en el Uruguay?

No es sólo en Francia que triunfa el Gobierno Colegiado. Creo—estoy seguro—que los prestigios de los Reyes de Inglaterra son la obra exclusiva de sus Ministerios, que son, en definitiva, verdaderos Gobiernos Colegiados. Estoy por afirmar que los Gobiernos Colegiados ministeriales son los que están salvando á las reyecías decadentes de la Europa.

Ese Gobierno Colegiado Ministerial de que vengo hablando, ha tenido la virtud de dulcificar hasta la autocracia Rusa;—¡ha tenido la virtud de hacer posible la vida en Rusia!—Y por último, la perfección de ese estado de cosas, el verdadero Gobierno Colegiado, sin Rey, sin Presidente, lo vemos funcionar de una manera maravillosa en Suiza, ese país tan pequeño como el nuestro, tan pintoresco como el nuestro, que parece invitarnos desde lejos, con un gesto fraternal, á que ocupemos, por nuestras instituciones, el primer puesto en la América, de la misma manera que él lo está haciendo en Europa!

El colegialismo triunfante en los Municipios Norte Americanos

Siempre se ha hablado con razón entre nosotros de que Norte América es como un espejo de democracias, y con frecuencia se nos dice que si queremos buscar ejemplos de reformas para el Gobierno de la República, no debemos ir á Suiza, que para nosotros es un país exótico, sino á Norte América, más afín con nosotros y donde hemos de encontrar materiales de sobra. Pues bien: en Norte América, según noticias muy fidegdinas que me acaba de suministrar mi distinguido amigo el Dr. Otero, — un excelente y avanzado colegialista, — se está operando un movimiento franco hacia el Ejecutivo Colegiado.

Conviene hacer notar que en Norte América no es extraño que se mire con buenos ojos el Gobierno Colegiado, porque muchos de sus Estados, los más prósperos, en los tiempos de las colonias, se rigieron por Gobiernos Colegiados. ¡Los Gobiernos Colegiados realizaron, pues, en gran parte, ese prodigio de la emancipación Norte-Americana! — Pero no es esa trascendental circunstancia — ya remota — la que ha hecho dirigir los ojos hacia la reforma. Ha sido una experiencia tan nueva como maravillosa que data apenas de diez años. — Una gran ciudad de aquel afortunado

país, la ciudad de Galveston, fué totalmente destruída por un terremoto. A sus habitantes, para salir de su situación desesperada, se les ocurrió entregar sus destinos en manos de una Comisión Ejecutiva formada por siete miembros.—Pues bien: la Comisión realizó tales maravillas que hizo resurgir rápidamente á la ciudad como al Fénix de sus cenizas. Los resultados fueron tan extraordinarios, que esos Comités Ejecutivos Municipales, que son verdaderos gobiernos, porque ustedes saben mejor que yo que un Gobierno Municipal norteamericano abarca màs que todo nuestro Gobierno nacional—que esas Comisiones Ejecutivas, digo, adquirieron tal prestigio, que un sin número de ciudades empezaron á adoptarlas como sistema.—Y esta es la hora en que hay dos cientas ciudades norteamericanas regidas por el Gobierno Colegiado. Y tan sensacional ha sido el resultado alcanzado por las dos cientas ciudades colegialistas, que se ha fundado una Liga Municipal, que no tiene otro objeto que difundir el sistema en todo el territorio norteamericano.

El colegialismo avanzando hacia los Norte Americanos

Pero eso no es todo. En Norte América los publicistas ya se han lanzado francamente en la propaganda del Gobierno Colegiado para todas

las instituciones ejecutivas de la Unión. Ya empiezan à llegar los libros procedentes de la gran República en que se trata la magna cuestión. El Dr. Otero ha puesto á mi disposición, precisamente, un folleto escrito por un señor constitucionalista llamado Mac-Crackan, que tiene por titulo «La « reforma de las Instituciones norteamericanas « por las Instituciones Suizas». Y la mejor prueba,—la gran prueba—de que la propaganda que aquel publicista hace no es una propaganda aislada y sin importancia, es que en un Estado importante del Oeste, se acaba de presentar un proyecto al Congreso estableciendo para dicho Estado el Gobierno Colegiado. Lo que quiere decir, señores, que si no nos apresuramos un poco, serán los Estados Unidos en vez del Uruguay los que daràn el ejemplo de la reforma en América. El único consuelo que nos quedará, si ello se produce, es que la culpa no será nuestra.

(Aplausos).

El colegiado en nuestro ambiente

No salgamos de nuestro medio para estudiar de una manera práctica la cuestión. En nuestro medio estamos llenos de instituciones colegiadas funcionando frente á instituciones del sistema opuesto. Las ventajas del colegialismo dentro de nuestro país han sido tan evidentes que hoy no habria quien se atreviese á proponer la sola fundación de una sociedad recreativa que no estu-

viese presidida por un directorio. En nuestra justicia, el triunfo es total. Los litigantes empiezan á sentirse más garantidos, á medida que aumenta el número de los Jueces; y cuando esa garantia alcanza el màximun, es precisamente cuando se llega à la Alta Corte, en donde en vez de un Juez hay cinco!

Detengàmonos un momento, en un estudio somero de la Alta Corte. Nadie niega que funcione bien. Todo el mundo está de acuerdo en que dentro de las imperfecciones humanas, es un mecanismo relativamente perfecto. Pero se arguye: «¡No es lo mismo administrar justicia, que hacer administración!» Pues yo contesto, que la Alta Corte, no hace solamente justicia, sino que hace también administración. La Alta Corte tiene un ejército de empleados á su cargo, y no sólo los nombra bien, sino que los disciplina de una manera bastante satisfactoria.

Nombrar bien es gobernar bien

Por otra parte, en esto de la Alta Corte hay una interesante peculiaridad, que prueba lo poco firme que es el terreno que pisan nuestros adversarios. Casi todos ellos están contestes, en que los Agentes Fiscales que hoy nombra el Ejecutivo, para que resultaran mejores, deberían ser nombrados por la Alta Corte.—Admitido el hecho yo pregunto: ¿Cual es la razón de la preferencia? ¿Porque la Alta Corte ha de dar mayores garan-

tías en el nombramiento de los Fiscales? ¿Acaso porque se considere que cada miembro de la Alta Corte es mejor que el actual Presidente? ¡No, muy pocos, estoy seguro se atreverían á afirmar semejante cosa! Lo que hay, es que en la Alta Corte nombran cinco y en el Ejecutivo nombra nada más que uno. ¡Y las influencias, los compadrazgos, y ese sinnúmero de miserias que surgen alrededor de cada nombramiento, pueden hacerse sentir de una manera más eficaz cuando el que nombra es uno solo, que cuando los que nombran son cinco!

Ahora bien: á nosotros nos basta que nuestros adversarios reconozcan que una corporación es más apta para hacer nombramientos, que una sola persona. ¡Porqué nombrar bien es gobernar bien! Pregúntesele al pueblo la contestación será uniforme. Que se me dé una Comisión Ejecutiva que realice los nombramientos de la administración en condiciones superiores á los que suele hacerlos un Presidente y yo respondo de que el gobierno del país será infinitamente mejor.

Ejemplos sugestivos

Desearía encontrar uno de esos ejemplos que rompen los ojos, para llevar al ánimo de ustedes la convicción absoluta de que no asiste razón á nuestros adversarios.

Supongamos que todos los habitantes del

país resolviesen fundar una gran sociedad anónima que se encargara de construir y arreglar los caminos de la República ¿Habría algun asociado á quien se le ocurriese que esa sociedad tuviese que estar regenteada por una sola persona?—Supongamos que todos los habitantes de la República constituyesen otra sociedad que tuviese por fin la recaudación de los fondos necesarios para determinados gastos comunes ¿Habría algún asociado que pudiese suponer siquiera que tantos intereses pudieran ser manejados por una sola persona?

Y sí el país, señores, se reune, no para formar diversas sociedades anónimas, sinó una sola, grande, poderosa, que atienda todos sus intereses á la vez, que se preocupe tanto de su seguridad como de sus finanzas, tanto de sus cuestiones materiales como de las morales, ¿porque había de renunciar á su directorio de muchas personas, para entregarse á una sola?—Por mi parte, declaro, señores, que por más que pienso, no alcanzo á comprender como puede considerarse indispensable el gobierno de muchos para la administración de *la parte*, y no se considere mayormente indispensable cuando se trata de la administración *del todo*.

Moderno concepto del Estado

Pído que fijen un momento la atención en mis ejemplos, porque entiendo que el concepto

moderno del Estado, se vá pareciendo bastante—se debe parecer cada día más,—al de una gran sociedad anónima, en la cual los directores constituyeran el gobierno y los accionistas fueran los gobernados. Un gobierno en un país que se estime, no debería ser otra cosa que un gran gestor de los negocios de todos. El Gobierno principalmente guerrero, ya vá siendo anacrónico en todas partes, y tiene que serlo más entre nosotros, demasiado chicos para ser conquistadores y demasiado viriles para ser conquistados. . .

(Grandes aplausos).

. . . Un Gobierno, pues, nuestro Gobierno al menos, debería ser lo bastante fuerte para garantir la tranquilidad de todos, pero lo bastante débil para que su autoridad se sintiera lo menos posible. Màs que gobernados debería haber asociados, ó á lo sumo dirigidos;—y sólo habremos alcanzado el ideal, cuando á un máximum de garantías para todos los ciudadanos, se agregue el máximum de intervención de todos los ciudadanos, que se traduzca, naturalmente, en un máximum de bienestar. Y eso precisamente, es lo que creo que dentro de cierta medida, puede darnos el Ejecutivo Colegiado.

Los pequeños municipios y el municipio grande

Ustedes habrán oído decir muchas veces, porque es un estribillo que se viene repitiendo desde hace muchos años, que tal vez la transformación del país estuviera en la transformación de la vida municipal, en la creación de una vida local perfectamente autónoma, ó sea en los *Self Govermment* de los norteamericanos. Este concepto está tan generalizado que no sería aventurado afirmar que nuestros adversarios ó la mayor parte de ellos al menos lo aceptan ó comparten.

Pues bien: yo pregunto, ¿à que organizador del *Self Govermment* criollo se le ha ocurrido nunca que la vida municipal sería perfecta, si su Gobierno, en vez de estar en manos de un grupo de personas, estuviera en manos de una sola person? Y si la vida de los pequeños municipios, de los municipios aislados, nadie la concibe bien, sinó con el Poder Ejecutivo Colegiado, ¿cómo no admitir que el conjunto de municipios, el municipio grande, ha de estar también mejor regido por el Gobierno de varias personas que por el gobierno de uno solo?

El buen sentido público clama por el colegialismo

El buen sentido público, siente vivamente el colegialismo, lo ha sentido siempre. ¿Qué es lo primero que se dice en la calle cuando se tiene la impresión de que las cosas del Gobierno no andan bien? «¡El Presidente está solo; quiere saberlo todo; no conversa con nadie, no consulta nada!» — ¿Cuál es el único remedio — la verdadera panacea — que se dá contra el mal? — Los acuerdos generales de Ministros. — ¿Qué es lo que se ha hecho aquí mismo, en algunos momentos de apuro? — No contentos con aquellos acuerdos generales se han buscado notables para que asesoren al Gobierno. — Y ante esos hechos, digo: no es preferible, infinitamente más preferible, en vez de recurrir á los notables en los momentos extraordinarios, en vez de convocar á los Ministros en los casos graves, tener un Gobierno que sea un perpétuo Consejo de Notables, pero de notables de verdad, — no un Consejo de un Presidente todopoderoso, rodeado de simples mortales que si no le hacen el gusto se van á la calle inmediatamente — un Consejo de Notables nombrados por el pueblo, todos con la misma autoridad, todos con la misma fuerza? — ¿O es que se entiende que solo por rara excepción el Gobierno se ocupa de cosas trascendentales, dignas de ser tratadas par muchas personas?

Un dilema falso

¿Qué nos contestan á estas verdades de á puño nuestros adversarios? Nos han contestado con una frase. Nos han dicho: «Si el Gobierno Colegiado que ustedes organizan, se entiende, lleva á la oligarquía; sí no se entiende, lleva al desorden».

Observemos que eso de que se le atribuya peligros radicalmente contrarios á una cosa, debe hacernos meditar mucho. Es raro el fenómeno, — casi nunca se produce, — que un sujeto peque por dos pecados absolutamente opuestos. El mal del imperialismo no es sinó la teocracia el absolutismo, jamás es el desorden ó la anarquia. — El peligro de la República, mientras se mantenga República, puede ser la desorganización, hasta la anarquia pero nunca puede ser el despotismo!

(Aplausos).

... Es claro que puede haber un Emperador loco que desorganice su Imperio, pero eso no será nunca un fruto natural del imperialismo, — como puede haber un Presidente que haga de la República una tiranía lo cual nunca sería el fruto natural de la República.

Nuestros adversarios, pues, para colocarse en el verdadero terreno y para que nosotros estemos habilitados para contestarles, tienen que optar por uno ú otro de aquellos males y decirnos: «El Gobierno que ustedes quieren organizar

va á ser tiránico ó va à ser de desordenado». Pero ellos no pueden hacer en conciencia la opción, sencillamente porque no tienen experiencia, porque el Ejecutivo Colegiado no ha sido todavía experimentado, y por desgracia estas graves cuestiones no se pueden investigar en los laboratorios, sinó que hay que ensayarlas en la vida real. Sobre la magna cuestión, nuestros adversarios no tienen, pues, no pueden tener màs que impresiones, más que simples palpites y la voluntad del pueblo, sobre todo de un pueblo que quiere marchar hacia el progreso, no se puede detener con esa clase de razones.

Experiencias aleccionadoras y alentadoras

Se nos contestará que nosotros estamos en el mismo caso, porque tampoco hemos podido experimentar.—No es cierto.—Nosotros tenemos más que un principio de experiencia; nosotros vemos en el país á la Luz Eléctrica, al Banco de la República, etc., etc., ó sea una multitud de gobiernos colegiados que rigen instituciones distintas, con los que no se tiraniza ni se desorganiza nada, y hacen marchar á su alrededor todo perfectamente. Nosotros vemos á la justicia del país, organizada en forma colegiada, garantiendo perfectamente, sin desorden ni abusos, la vida, los bienes y el honor de las gentes!—Pero, sobre

todo, nosotros tenemos una experiencia mucho màs eficaz: ¡tenemos la terrible experiencia de que lo que tratamos de abandonar, que no es ninguna maravilla!—la experiencia de ese formidable régimen que aun en manos de un hombre como Batlle,—que es lo mejor que la suerte ha podido depararnos como gobernante—tiene grandes defectos que yo su caluroso apologista veo, algunos de los cuales el mismo Batlle se ha encargado de señalar.—Y esa experiencia—amasada en un siglo de fatigas—nos dice que lo que nosotros queremos abandonar y à lo que nuestros adversarios se mantienen tan aferrados, solo puede empeorar de una manera: cayendo el país en manos de un gran conculcador sin escrúpulos, que nos obligue á avergonzarnos de nuestro régimen republicano!

Las corporaciones se entienden siempre

Tengo interés en hacer notar que el dilema que presentan nuestros adversarios, cuando afirman que la junta de gobierno puede entenderse ó no entenderse, es falso.—Creo, firmemente, que las corporaciones se entienden siempre. Vuelvo á invocar la experiencia de que hablaba hace un momento. Está por verse que haya habido que renunciar á resolver algo, en alguna parte, porque las corporaciones no se hayan podido entender.

Una Corporación considerablemente grande como nuestra Asamblea General, aun estando formada por Batllistas y Saravistas,—que es como decir el aceite y el vinagre,—se entendió siempre que fué necesario, y resolviò ejecutivamente, rápidamente, en horas, nada màs que porque el caso lo exigía, la magna cuestión de las medidas extraordinarias tomadas por Batlle cuando se creyó que iba á estallar una insurrección. Pues esa cuestión motivada por un par de cientos de arrestos, que con arreglo al criterio de los que entienden que es difícil que marche el Gobierno Colegiado, debió de haberse debatido años, se resolvió, lo repito, perentoriamente;—en horas se hizo la mayoría!

¿Porqué la Junta de Gobierno habría que entenderse para el mal?

¡Pero es que las mayorías se hacen siempre, en todas partes, aun en los medios más anarquizados!—Nos están dando la prueba los mismos once señores de la mayoria del Senado. No obstante responder á tendencias distintas—casi á once tendencias distintas!—han podido entenderse, uniformarse, tomar un rumbo determinado. Y ahora digo: si se demuestra de una manera acabada, como creo haberlo demostrado, que las Corporaciones colegiadas se entienden siempre, ¿por qué hemos de suponer que los miembros del Eje-

cutivo Colegiado se habrían de entender forzosamente para realizar el mal? ¿Por qué ha de merecernos tan mal concepto la naturaleza humana y sobre todo la moralidad de nuestros conciudadanos dirigentes? ¿Acaso los directores de las infinitas sociedades anónimas que andan por el mundo se conciertan siempre para robar la plata de los accionistas? ¡No! ¡Ese desgraciado ejemplo, sólo por excepción se produce! Y entonces, ¿por qué el posible directorio de la gran sociedad anónima que forma nuestro país se habría de concertar forzosamente para robar las libertades públicas?

Téngase en cuenta que ese futuro posible Directorio Gubernamental estaría formado probablemente con lo mejor del país, —por lo menos con lo mejor de un partido político.—Júzguese que sería elegido directamente por el pueblo, que es de suponerse con bastante sentido común para buscar á sus gestores entre los más morales y más aptos,—todo lo cual aleja mucho—por no decir que lo hace imposible—el peligro del desgobierno colectivo.

Los peligros del error

Es claro que el pueblo se puede equivocar. Pero, si es verosímil que se equivoque en la elección de uno, de dos, de sus directores, es absurdo suponer que fatalmente se ha de equivocar en la de los nueve.—Sobre todo, los que admiten que

el pueblo se ha de equivocar forzosamente en la elección de siete ó nueve gobernantes, ¿cómo pueden desconocer que ese mismo error puede producirse con tanta ó más facilidad cuando se trata de elegir uno solo?—Por otra parte, aun suponiendo el error total en la elección de siete ó nueve, siempre resultaría que los siete ó nueve malos, luchando por sus maldades, serían menos malos que uno solo agitándose sin ningún control. Los nueve malos tendrían que empezar por devorarse á sí mismos antes de empezar á devorarse al país. El malo solo se vería libre de toda la primera parte de la tarea: ¡podría lanzarse inmediatamente, desde el primer día, desde el primer momento, sobre el país!

La amenaza del tirano

Se apunta otro grave peligro del Gobierno Colegiado. Se dice que forzosamente dentro de aquél ha de aparecer el tirano. «Es inútil—se dice—hablar de Ejecutivo Colegiado, pues apenas organizado aquél, día más, día menos, aparecerá el sugeto que domine á todos, que meterá á todos en un zapato, que se hará dueño del gobierno y del país».

Permítaseme que afirme por honor del país, que ese cuento no es tan fácil de realizar como se dice y que hasta se podría afirmar que es absolutamente difícil.

Mi impresión personal es que, en cuanto se

vieran reunidos, para dirigir los destinos del país, siete ó nueve hombres con la misma autoridad, cada uno de ellos haría un esfuerzo supremo para defender su autoridad. Todos sabemos la gran emulación que despiertan los altos cargos; como se defiende el prestigio, como se defiende la consideración. Todos sabemos como se aviva el celo de la dignidad humana, no solo en los puestos de responsabilidad, sino hasta en los simples puestos decorativos y recreativos. Los modestos organizadores de una comparsa suelen mirarse de reojo, sin ceder un palmo en sus respectivas posiciones. —¿Cómo admitir pues, que ocho ciudadanos elegidos por el pueblo, eternamente vigilados por el pueblo, estimulados por el aplauso ó la censura popular, han de inclinarse docilmente ante un noveno para que les una el yugo?— ¿Que nunca faltan en las corporaciones los tipos dominantes? ¿Pero acaso la experiencia casera no nos dice también que donde quiera que ha aparecido el sujeto dominador y ha querido implantar sus ideas de predominio, —ya sea en los directorios comerciales ó en los políticos y judiciales— ha fracasado miserablemente, porque se ha encontrado con la resistencia implacable, hostil, hasta agresiva de los otros directores?

Dificultades de la tiranía

Sobre todo no hay que olvidar que el miembro del Ejecutivo Colegiado que quisiera tiranizar al país, no le bastaría con dominar á sus compañeros de Gobierno : sería necesario que contara también con la fuerza pública, ó sea con el ejército nacional.

Pues bien ; yo afirmo con una profunda convicción que ese supuesto tirano con que se nos amenaza no contaría jamás con el ejército nacional. Un ejército como el nuestro, culto, avanzado, probadamente institucional, en el cual figuran sujetos tan conscientes como nosotros, tan ciudadanos como nosotros, defensores tan celosos de las libertades públicas como nosotros, no se pondría jamás al servicio de un tirano, para servir de verdugo del país. Y hasta me atrevo á expresar que si el caso llegara, los representantes del ejército serían los primeros que se encargarían de sofocar al aspirante á tirano!

(Aplausos).

Por otra parte, la aparición de un tirano no es un fenómeno fácil por lo mismo que es anormal. No niego que algún aspirante á tirano esté permanentemente en acecho en el país, porque nunca faltan bellacos que quieran apoderarse de lo ageno, y un país es un botín demasiado tentador para que no despierte enfermizos y desmesurados apetitos. Pero, para que el tirano pueda

prosperar no solo necesita tener garra, sinó encontrar un medio propicio para que pueda germinar la tiranía. Puede decirse que el tirano es para la sociedad, lo que el microbio de la tuberculosis para el organismo humano. Ahora bien: no basta que el microbio de la tuberculosis esté en todas partes, para que pueda prosperar. Casi todos lo cobijamos en algun órgano impunemente. Para que se haga sentir y venza es necesario que encuentre un organismo débil á quien pueda someter. Pues con el tirano del pueblo pasa lo mismo. No basta que aparezca en el pueblo el tipo ponzoñozo, es necesario que encuentre el pueblo débil capaz de dejarse envenenar. Robustecer al pueblo es el mejor medio de defenderlo de la tiranía, como robustecer al hombre es el mejor medio de defenderlo de la tisis. ¡Robustescamos, pues, nuestra democracia, hagámosla cada vez más fuerte y digna, y tendremos día à día menos probabilidades de caer en el despotismo!

Verdadero concepto del Ejecutivo

Pero no es necesario pensar en un tirano para desacreditar el Ejecutivo Colegiado siguen diciendo nuestros adversarios. Hay algo más sencillo, igualmente decisivo. El Ejecutivo es acción, —por consiguiente, no puede estar en manos de un cuerpo deliberante . . .

Pues bien; yo creo también que ese concepto es falso ó por lo menos antiguo, y sobre todo,

estoy seguro, de que no es el concepto del porvenir.

Creo, que en un gobierno debidamente organizado, el Poder Ejecutivo no debería ejecutar casi nada. El Poder Ejecutivo en un gobierno bien organizado no debería ser más que el órgano trasmisor de la ley, y el encargado de velar por el cumplimiento de la ley.

La asamblea hace la ley, el Ejecutivo le da paso ó la veta, á lo sumo la reglamenta—é inmediatamente la ley pasa al respectivo mecanismo encargado de ejercer la función legislada,—bajo la superitendencia superior.

Se dicta, por ejemplo una ley sobre Instrucción Pública y el Ejecutivo no tiene nada que hacer; es la Dirección de Instrucción Pública la que se encargaría de hacerla ejecutar. Se dicta una ley sobre salubridad. El Ejecutivo no tiene que hacer nada más que limitarse á pasar la ley al Consejo N. de Higiene, para que este la ejecute. Y así deberia suceder con todos los otros casos imaginables de la máquina gubernamental.

El Ejecutivo, pues, como Poder Ejecutivo, no deberia ser otra cosa que el obrero atento á la màquina en movimiento, el obrero encargado de vigilar si el manómetro está bien, si todas las ruedas marchan, si es necesario dar aceite, sujetar una correa, etc.—Su acción no debería pasar de ahí.—Y si hemos perdido completamente el verdadero concepto de lo que debe ser el Poder Ejecutivo, es porque nuestro sistema ha enviciado totalmente el

verdadero régimen, con ese centralismo abrumador que hace que nada se mueva, que nada se agite, sin el concurso del Presidente, — que impone al Presidente la firma de una orden por cuatro pesos, la extinción de un incendio y la dirección de la guerra!

(Aplausos). (Muy bien).

...El Ejecutivo, solo dejaría de ser simple trasmisor y vigilante, cuando inicia, cuando colegisla, pero entonces entra de lleno en el campo de la deliberación y sería una verdadera fortuna que sus decisiones pudieran tomarse en un cuerpo colegiado!

Es falso que el Ejecutivo deba andar ligero

Se habla de la rapidez de los actos ejecutivos; se dice que una de las características escenciales de la función ejecutiva es andar ligero. No comparto tampoco esa opinión. He estado seis años cerca del gobierno de Batlle y he llegado á la conclusión de que solo se hace bien lo que se hace despacio. Muy pocas veces, por no decir jamás, he visto en las alturas, esa precipitación que tanto se preconiza como necesaria para la buena marcha del Ejecutivo. — Y si mi experiencia personal pudiera servir de base para llegar á una conclusión en esta materia, podría dejarse establecido que lo que realmente resulta en el

Gobierno, lo que realmente se hace bien, es lo que se medita, es lo que se estudia, *es lo que no se hace ejecutivamente!*

Por otra parte si fuera cierto que la rapidez, casi la vertiginosidad, es el secreto del buen gobierno, Batlle habría sido un pésimo gobernante, porque precisamente su gran característica no es la agilidad de espiritu. — El, es un pensador, es un lento. — Por lo mismo que ara hondo, ara despacio. — Podría decirse de él, que es un rumiador de ideas. Y por lo mismo que constantemente está rumiando sus ideas es que cuando se decide por algo lo hace casi siempre en términos inconmovibles. Lo que parece á veces terquedad y testarudez, no es sino el fruto de una larga deliberación. Pues ese señor que todo lo delibera largamente, que hace las cosas lentamente, ha hecho un gobierno transcendental. ¡Ha gobernado bien porque gobernó despacio!

El Ejecutivo y la guerra

¿Y la guerra?; ¿y las medidas extraordinarias? se nos dice, como si se nos fuera á abrumar con solo la palabra.

Observemos en primer lugar, que la guerra no es el estado permanente de los pueblos, sino el accidente. La vida normal es la paz. Por consiguiente debemos organizar la vida política especialmente para lo que es permanente, para la paz, sin perjuicio de que la organización sirva también

para lo que es accidental y pueda ó no venir, ó sea para la guera.

Por otra parte, los que creen que por la razón de la guerra debe mantenerse el gobierno unipersonal, se quedan á la mitad del camino.— ¿Por qué debería haber un hombre solo en la Presidencia para los casos de guerra? Porque la guerra exigiría que ese señor Presidente dispusiera inteligentemente del ejército para ahogar rápida y eficazmente el desorden.—Pero, los particulares siempre, por regla general al menos, son inaptos para esas cosas. La mayor parte de los Presidentes que se podrían elegir entre los civiles, no serían aptos para la guerra. Y si hay el peligro que el Presidente resulte inapto para la guerra ¿no es inútil que se pida, que se exija, que el Ejecutivo sea unipersonal á los efectos guerreros? Por consiguiente para que nuestros adversarios fueran consecuentes, deberían ir más lejos y decirnos: «El Ejecutivo, por ser el director de la guerra, no solo debe ser unipersonal, sino que debe estar en manos de un especialista en el arte guerrero, ó sea en manos de un militar». Y recién así llegando al fin de su raciocinio se habrían colocado, por lo menos á los efectos de la lógica, en un terreno firme.

El ejército no debe depender directamente del Presidente

Pero yo creo que esa necesidad de que la fuerza pública sea manejada directamente por el Jefe del Estado es otro prejuicio criollo, ó por lo menos otro concepto antiguo, del tiempo del viejo rey patriarcal que dirijía la siembra, encabezaba la cacería y hacía personalmente la justicia y la guerra. En realidad el ejército no debe tener una dependencia mayor con el Jefe del Estado de la que tienen los otros organismos del Estado. El ejército debe ser una máquina perfecta, bien montada, bien mandada, completamente adecuada para realizar su objeto—que es el mantenimiento del orden;—pero debe tener sus jefes naturales y no debe tener màs dependencia con el Jefe del Estado que la que tienen, por ejemplo, la policía encargada de defendernos de los criminales y el Consejo Nacional de Higiene encargado de defendernos de las pestes.

¿Acaso cuando se produce un gran crímen alguien piensa en el Presidente? ¿Acaso cuando estalla una peste alguien cree que es el Presidente el que tiene que distribuir los Agentes de Salubridad para defendernos del flajelo? ¡No señor! Es el Consejo de Higiene, es la institución administrativa especial, que tiene sus obligaciones concretamente delineadas. Basta que la noticia

de la peste llegue al Consejo para que la máquina entre expontaneamente en movimiento y la función se ejerza. Lo mismo debería suceder con el ejército, y así sucederá seguramente en los gobiernos perfectamente organizados. Conocido el desórden, la máquina del Ejército entraría tan expontaneamente en movimiento, como entra la del Consejo en el caso de peste ó la de la policía en el caso de crimen,—y debería por sí solo sin ninguna intervención del Jefe del Estado, restablecer el orden, ó sea realizar la función que es el objeto único de su existencia.

Y algo de esto ya se siente fuera de fronteras. Estoy seguro, no tengo ninguna duda, que el ejército inglés nunca estuvo prendido de las faldas de la Reina Victoria. Estoy igualmente seguro que otros ejércitos europeos nunca han estado prendidos de las cunas de los reyes niños, cuando el azar ha querido que un niño gobernara un país. Y sin embargo, ni el ejército inglés, ni ninguno de los ejércitos á que acabo de referirme, han dejado de cumplir con su deber cuantas veces el deber los ha puesto á prueba.

Batlle y la guerra de 1904

Entre nosotros, al tratar la relación que debe de haber entre el Ejecutivo Unipersonal y la guerra, se hace gran caudal de la actuación de Batlle durante la guerra de 1904. Se afirma que sin la tenacidad, sin la energía de Batlle, se habría per-

dido todo. Comparto totalmente la afirmación. No tengo ninguna duda de que Batlle estuvo ante el tremendo conflicto realmente admirable. Creo que lo afrontó con una gran resolución, de una manera heroica;—que hubo momentos en que estuvo clarovidente hasta bajo el punto de vista militar, y afirmo esto no porque yo sea capaz de juzgar las cosas del punto de vista militar, sino por lo que me han dado á entender militares competentes y que tuvieron acción saliente en la campaña. Pero, asi y todo yo no estoy muy convencido de que las cosas no hubieran andado mejor si en vez de estar Batlle solo en el Gobierno hubiera estado una Junta de Gobierno. Pero, sobre todo de lo que estoy absolutamente convencido, es de que habria ardido Troya para las instituciones nacionales, si en vez de tocarle afrontar la situación á un hombre del temple y del pensamiento de Batlle, le hubiese tocado á otro débil ó inepto.

Por de pronto yo no sé si una Junta de Gobierno no hubiera podido evitar la guerra.—Yo no sé si la fatalidad se hubiera conducido de la misma manera, si en vez de ser un hombre solo el que tuvo que afrontarla hubieran sido nueve, con infinitos más puntos de contacto, con más vinculaciones, con más medios de acción. ¿Quién nos dice que lo que no pudo encontrar Batlle á pesar de su inmenso deseo de evitar el derramamiento de sangre, lo hubieran podido encontrar nueve espiritus empeñados en el mismo deseo?

Y de lo que no tengo ninguna duda—me perdonen mis correligionarios si no están conmigo en esta parte—es que si en vez de uno solo en el Gobierno hubiera habido una Junta, el encuentro de Fray Marcos no se habría producido y la guerra,—con grandes ventajas para vencidos y vencedores, hubiera podido acabar á los dos meses en vez de durar nueve!

(Aplausos).

La reforma y el Partido Colorado

Se teme que la reforma pueda perjudicar al partido colorado. Hay una circunstancia que debe suponer que eso es falso, y es la tenacidad con que el partido nacionalista resiste la reforma. Ese rudo é implacable adversario, siempre en asecho, siempre dispuesto á saltarle al cuello al partido colorado, ¿se habría tranformado en su vigilante amigo, en su protector?—¡No lo creo! —Si creyese que la reforma fuera la debilidad del partido colorado, sería el primero en encargarse de precipitarla. Si la resiste con toda energía es porque su instinto le dice otra cosa; es porque su instinto le dice, que una vez más tiene razon Batlle, cuando cree, cuando afirma, que va á robustecer, á tonificar, á agrandar el partido colorado por medio de la reforma!

Si la reforma es buena para el país, es buena para el partido colorado, que es la gran mayoría del país y que tiene por función primordial, pre-

cisamente, trabajar afanosamente por el bienestar del país. Para que la reforma fuera buena para el país y contraria para el partido colorado, sería necesario que el partido colorado se hubiera quedado atrás, que ya no respondiese á las verdaderas aspiraciones nacionales, y entonces no debería ni tendría el derecho de ejercer la preponderancia que hoy legitimamente ejerce en los destinos nacionales.

El Partido Colorado y el Gobierno

Un Gobierno que aumente la libertad y que prestigie la democracia tiene que prestigiar y enaltecer al partido que lo hace. ¿Qué es lo que ha enriquecido y robustecido al partido colorado durante el Gobierno de Batlle? ¿Han sido acaso las dádivas ó las corruptelas?—¡No!—¡Han sido las ideas y las iniciativas de Batlle que ha hecho suyas el partido colorado!—Pues bien: que el partido colorado haga un Gobierno superior, si es posible, al Gobierno de Batlle, y su prestigio acrecerá y su caudal político aumentará enormemente!

El partido colorado, por otra parte, no debe, no puede temer que su organización se desquicie por la reforma gubernamental. La vida del partido colorado no puede ni debe depender de la organización del Gobierno, porque si dependiera, tendrían razón los que dicen que no es más que un partido gubernamental y que solo vive por la

fuerza que le da el Gobierno. Si esa afirmación, —como yo lo sé y como todos ustedes lo saben igualmente, — es una gran injusticia, la mejor manera de demostrarlo es no temerle á la reforma del Gobierno. El partido colorado debe aspirar á formar Gobiernos, á prestigiar Gobiernos, á sostener Gobiernos, si es necesario á voltear Gobiernos; pero no á que su vida dependa y sea un reflejo de la vida del Gobierno!

El programa del Partido Colorado

Se arguye que la reforma no está en el programa del partido colorado. Eso no importa. Si no está la pondremos. Hay muchas otras cosas que tendremos que ir poniendo día á día. El último capítulo del programa del partido colorado no está escrito. ¡Los mejores capítulos, seguramente, están en blanco todavía! Y si el partido colorado ha de ejercer en los destinos del país la preponderancia á que tiene derecho, debemos afirmar que su historia, —su verdadera y grande historia — tanto como en el pasado está en el porvenir!

El partido colorado tiene una magnífica tradición, pero eso no basta. El partido que fía demasiado en su tradición puede correr la suerte de esos nobles que fían demasiado en sus pergaminos.

El escenario de la democracia se ensancha día á día. Día á día entran en juego fuerzas nue-

vas, aspiraciones nuevas. Satisfechas las ansias de igualdad y de libertad empiezan á dar su nota predominante las ansias de mejoramiento.—Las muchedumbres que hasta ayer no aparecían en escena sino para ir al sacrificio de la guerra, empiezan á hacer irrupción en el campo de la política.—¡De ahi nuevos horizontes que es necesario escudriñar si no queremos estraviarnos; de ahí nuevas etapas que es necesario correr y correr de prisa si no queremos quedarnos rezagados!—La política como la ciencia, debe de estar en perpetuo movimiento si quiere responder á las necesidades de todos los momentos, y el partido colorado, que no quiere dejarse vencer,—¡que no debe dejarse vencer!—tiene que estar constantemente alerta, en perpetua vibración.—¡Debe lanzarse resueltamente al turbión de las ideas avanzadas porque es allí donde se darán las grandes batallas decisivas!—¡Su programa tiene que ser vivo, como árbol robusto en pleno crecimiento, siempre dispuesto à dar nuevos brotos, á dar nuevos frutos!—Y si quiere que no crezcan á su costa el partido liberal y el partido socialista, debe ser tan liberal como el partido liberal y asimilarse todo lo humano, todo lo práctico, todo lo realizable, todo lo que no sea utopia del partido socialista!

(Grandes aplausos).

...¡La suprema aspiración del partido colorado debería ser hacer innecesarios en el Uruguay el partido liberal y el partido socialista, á fuerza

de satisfacer por sí solo, todas las necesidades y todas las aspiraciones del porvenir!

(Grandes aplausos).

Los colorados frente á los socialistas

Ya que hablo del Partido Socialista, me van á permitir ustedes un breve paréntesis.

El Partido Socialista, es un partido de ideas evidentemente respetables. A su frente están en todas partes del mundo hombres de primera fila, grandes pensadores, grandes humanistas. Ese partido no es un partido anárquico, porque todo lo espera de una suprema armonía gubernamental. Ese partido no es un partido de violencia, porque en todos los momentos, siempre que puede, predica el alejamiento de la violencia.

Una voz de platea. —¡Está usted!...

Dr. Arena. —¡Hable màs fuerte si quiere que le conteste!

La voz de la platea.—¡Usted está falsificando el partido socialista!

Dr. Arena. —Déjeme seguir y verá que no falsifico nada.

...Ese Partido Socialista, decía, el de Francia por ejemplo, no trepidaría en levantar barricadas en las calles de París, y en comprar con muchas vidas la institución del Gobierno Colegiado, que considera como una aspiración de su programa mínimo. —Y ante ese hecho incontestable digo: ¿Cómo es que habiendo un partido

capaz de lanzarse al sacrificio para obtener aquella conquista, nosotros, los colorados, que nos preciamos de avanzados y de no tener nada que aprender de los partidos avanzados, rechazamos lisa y llanamente, porque sí, aquello mismo que nos viene gratis, sin ningún dolor, de las alturas!

(Grandes aplausos).

Precisando términos

Mucho más podría decir sobre las ventajas de la reforma; pero por hoy me parece bastante. Me voy à limitar, pues, antes de concluir, à tratar de precisar los verdaderos términos en que se encuentra la cuestión.

Es evidente que la reforma no la quiere solamente Batlle, sino que la quiere toda la masa situacionista. La voz de orden de Batlle ha repercutido profundamente en el seno del Partido Colorado. — Este hecho está ya fuera de discusión. — Es evidente, también, que resisten la reforma con toda violencia los adversarios irreconciliables del Partido Colorado: los Nacionalistas. — La resisten también, debemos reconocerlo, grupos dispersos del Partido Colorado. Pero es igualmente evidente que por la sensible minoría en que se encuentran esos grupos, no podrían resistir dentro de filas la fuerza reformista. Si la reforma se detiene, pues, es solamente porque la detienen los once Senadores.

(Agitación en la sala).

Ellos, pues, serán los responsables si fracasan las aspiraciones del batllismo en este momento histórico de la vida nacional.

Es claro que yo admito una perfecta buena fé en los once senadores.

Yo creo que si resisten el Gobierno Colegiado, lo resisten en conciencia. En materia de ideas, todos los errores son explicables.

Por otra parte, yo sé — y me complazco en reconocerlo públicamente — que entre esos once Senadores hay muy buenos colorados y muy buenos batllistas, muchos de los cuales han prestado á la causa servicios más valiosos que los que le he prestado yo, que al fin y al cabo no he podido poner á su servicio más que mis entusiasmos y mis escasas fuerzas intelectuales.

La dificultad, pues, no está en manos de enemigos irreductibles. Los que tienen la llave de la reforma, no son más que amigos alejados de nosotros, amigos de los cuales no nos separa más que un detalle, amigos sobre los cuales debemos ensayar la persuación, el convencimiento, esperando —haciéndoles el honor debido—que si se llegan á convencer van á estar de nuevo con nosotros.

(Grandes aplausos).

El programa de los reformistas

Todos nuestros esfuerzos, pues, deben dirigirse á forzar el convencimiento. Hay que hacer sentir en forma cada vez más abrumadora, que todo

el partido situacionista quiere la reforma, quiere el Gobierno Colegiado. Hay que materializar en lo posible el ambiente reformista, orientando hacia los registros cívicos la mayor parte de esas columnas que han recorrido nuestras calles, el mayor número de estos manifestantes. Cada uno de los que está aquí debería imponerse como acto de conciencia reformista, formar por lo menos un ciudadano,—aportar un voto—seguro de que realizando esa obra hace una obra más eficaz que haciendo un discurso.

Hay que hacer sentir á nuestros amigos de ayer,—y amigos seguramente de mañana,—que la abstención nacionalista no es razón bastante para detener la reforma, porque las mayorías son las que gobiernan en las democracias,—y nosotros ya hemos demostrado por todos los medios posibles que somos la gran mayoría del País.

Hay que hacerles notar que la burda especie de que esta situación no ofrece garantías, no puede ser admitida por ellos, hijos legítimos de esta situación, y hay que hacerles sentir que los agravios que se arrojan á la situación, los agravian á ellos mismos que han sido los que han contribuido á formar y á sostener esta situación con la cuál se dicen—y lo son—perfectamente solidarios. Hay que hacerles comprender, en fin, que el fracaso de la reforma solo aprovechará á los enemigos irreconciliables del Partido Colorado;— y cuando esa demostración esté hecha, ellos que deben ser tan enemigos como nosotros mismos

de nuestros enemigos, no tendrán más remedio que volver à nuestro lado que es donde los llama el deber.—Y todo esto hay que hacerlo sin pronunciar una palabra irremediable para que en el caso de fracaso, sean ellos, exclusivamente ellos, los responsables del fracaso ante el País y ante el Partido Colorado.

El Ejecutivo Colegiado vendrá!...

Yó, señores, no sé la actitud que asumirán los once Senadores. Espero mucho de su patriotismo, de la sinceridad de sus propósitos y de su propio Batllismo. Pero resulte lo que resulte, de lo que estoy seguro, absolutamente seguro, es de que el Poder Ejecutivo Colegiado triunfará!

(Grandes y prolongados aplausos).

...¡Es el río desbordado que vence todos los diques!—¡Es el alud que baja de la montaña y que llegará fatalmente á la llanura sin que haya fuerza humana capaz de detenerlo!

(Grandes aplausos).

El pueblo ha visto en la reforma una aurora de paz, una aurora de libertad, una aurora de nuevos prestigios para la democracia y quiere ver ahora levantarse el Sol!—Y se ha puesto á la obra!—¡La columna es grande!...¡Ya está en marcha!... ¡La acaudilla Batlle!... ¡Seguro de que nada ni nadie la detendrá!...

(Estrenduosa ovación).

